REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV — San José, Costa Rica **1932** Sábado 1.º de Octubre — Núm. 13

Año XIV. No. 605

SUMARIO

Leonardo Pena

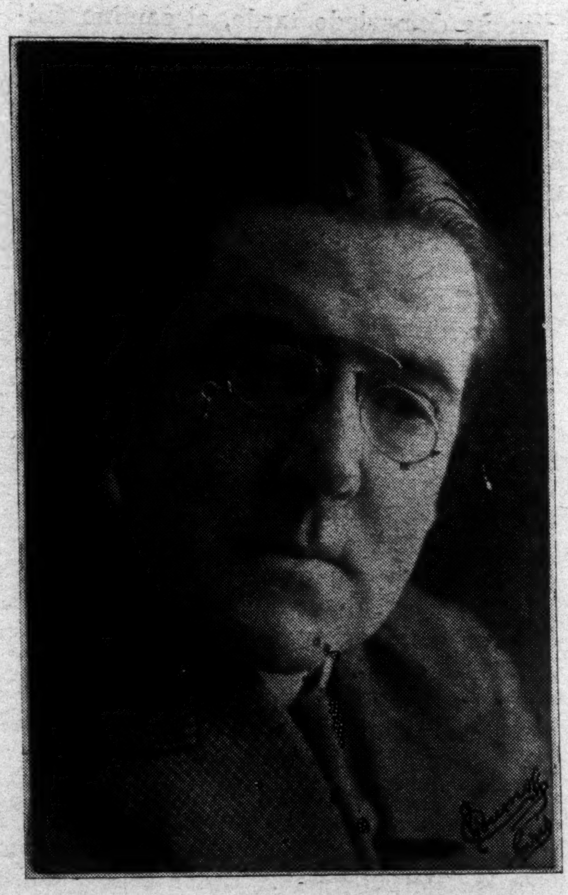
El hombre y su obra

= *Envío del autor.* París, Agosto de 1932 =

1.—Si para avalorar nuestros afectos necesitamos de la lejanía y si para considerar los acontecimientos históricos, en su importancia real, precisamos de esa otra lejanía, que es la perspectiva ofrecida por el tiempo, es justo pensar, frente a la obra de un artista, que la medida de sus valores sólo sabrá darla el juicio ponderado que viene desde lejos, la opinión de otros artistas, situados fuera del medio creador de rivalidades y aptos, en consecuencia, a emitir opiniones que puedan aproximarse más a lo definitivo, bien que lo definitivo no corresponde siempre, al examen crítico de los contemporáneos. Pero, hay artistas de tan alta selección que su obra no necesita de juicios, ni ha menester elogios, para imponerse a su tiempo. De esa clase de artistas es Leonardo Pena.

Combatido acremente por sus compatriotas—sólo contó, en sus comienzos, con la simpatía literaria de don Luis Orrego Luco, autor de **Casa Grande,** novela que quedará como una obra maestra de literatura americana, de Augusto d'Halmar, de Mariano Latorre y de otros —y sin encontrar un medio apropiado—a veces es gran ventaja, porque un ambiente mezquino, aún siendo favorable, antes bien triza las alas y detiene el vuelo—hubo de confrontarse con el dolor del silencio, del silencio que fortalece el espíritu y empuja a las almas verdaderamente fuertes, más allá de las colinas... Era justa prueba. Y acaso siendo esa la verdadera tragedia del artista, ¿no es también el cimiento de su gloria? El aura popular acaricia y pasa; sólo el aplauso y la estimación de los escogidos puede solidificarse con el tiempo, patinándose con el oro de las auténticas monedas.

La obra literaria de Leonardo Pena consiste en un conjunto con carácter cíclico en diez "etapas", intitulado **Biblia Profana** y del cual ha ya publicado los cinco primeros libros: "Yo", "Las siete locuras del Amor", "El Alma perdida de la Princesa", "Los Héroes moribundos" y "La Actitud Secreta de la Soledad". Y tiene concluídos, "Las Hermanas en el



Leonardo Pena

Camino", en el que estudia, como en una lección condensada, el alma una y múltiple de la Francia, y "Las Flores rojas del Poeta", libro en el que analiza la Alemania vista al través de la guerra y en el que ha sido derramado el acento profundamente doloroso de la historia, faltándole por hacer **El Caballero Pena,** libro consagrado a España, **Las tres Vírgenes dispensadoras de las edades,** volumen tocante a Italia y **El crepúsculo de los Oros,** libro acerca de Grecia, que literariamente puede llegar a ser el más bello, pero que, líricamente será el menos sincero, pues, el alma de Leonardo Pena está tallada con sol de Andalucía y fuego de Francia, más que con la divina niebla del Acrópolis.

Biblia Profana es el poema de su vida hecho carne, hecho lírico verbo, en frases que tienen el sabor de la miel, la acre potencia de la realidad y las tonalidades policromáticas del paisaje. Paisaje de almas y paisaje de naturaleza, que es esencia materializada de almas. El propio Leonardo Pena es el héroe de ese poema enorme, cuyo vasto escenario es el mundo y cuyo argumento es la vida, simplemente la vida. Y no podía existir más variado asunto, ni sujeto más rico de verismo, de potencia creadora, de auto-estudio. Crear así es concentrar nuestra verdad en un vaso y en ese vaso, fabricar un mundo. Pena lo ha intentado con todos los recursos de un arte que ha sabido quintaesenciarse.

De esa **Biblia Profana** el libro que más espiritualmente conozco y que me ha permitido enfocar mejor el panorama del hombre y del artista, es el libro de la **Actitud Secreta de la Soledad.** En él, el poeta analiza las frescas visiones de su primera juventud, de aquella breve juventud en la que, de manera tan sutil y espontánea, comulgamos con la naturaleza, como más tarde, florecida ya la vida, hemos de comulgar con la plenitud del Arte... Esas visiones le han permitido a Leonardo Pena, hacer substancia de la tierra, de su tierra, como ha hecho, de su propio espíritu, un espejo que copia ("oro y hierro" como en el verso de Verlaine) esas sensaciones materiales y las inmateriales, que constituyen la gloriosa hoguera de los iniciados.

La segunda parte del libro, pertenece al reino de las parábolas y de la síntesis, del cual fuera monarca y pontífice el hombre de **La Balada de la cárcel de Reading,** en la época en que se intitulaba, a sí mismo, "Rey de la Vida". Es el reino de la fantasía, en cuyo jardín, poblado de infinito, se yerguen las supremas floraciones líricas. Allí se alimentaron las raíces de Poe y, en la linfa de sus fuentes, bebió el poeta de **Flores del Mal.**

Entre las cualidades básicas de Pena, no me fatigaría de exaltar su lirismo, su cristalino lirismo, que alcanza una plenitud maravillosa, de la que no muchos artistas pueden ufanarse. Es su calidad

dominante y es también, un poco, su defecto mayor y casi único, porque, en veces, ahoga la claridad de un pensar que, en páginas como la consagrada a Bolívar —ese guerrero que tuvo el instinto de Bonaparte, la sabiduría de César y la magnanimidad de Alejandro — alcanza una **culminación evocativa relievada por enorme** síntesis crítica. Pena no es ensayista como Eca de Queiroz; es, más bien, a más de artista, un fuerte crítico en potencia, de manera que si hubiese cultivado ese su sentido crítico instintivo, habría llegado a ser maestro en el género de Saint-Beuve.

Biblia Profana está saturada de episodios galantes. Son motivos valleinclanescos, algunos: camafeos sentimentales trabajados con amor. Muchas figuras de mujer, blancos fantasmas tocados por la vara agri-dulce de Eros, pasan por sus libros, los pueblan y saturándolos de una suave melancolía, hacen amable la frecuentación de sus páginas. Son libros en los cuales el artista revive su propia vida. Y es que Leonardo ha amado el amor más que las mujeres. Las que desfilan por su obra, con ser muy reales, y haberse consustanciado con él por la posesión—posesión espiritual y carnal—tienen un sello único, que llamaríamos peniano. Los tipos varían y, a veces, los atributos, pues, ora es una hembra cerebral, concebida en el silencio de un culto nuevo y ora, una delicada mujer todo corazón, cuyos ojos cándidos no han perdido aún el pudor virginal; pero, todas ellas tienen una suerte de intelectualismo que, bajo formas diversas, es el común dominador cualitativo. Y es que, lo que al autor le interesa, es la mujer considerada genéricamente, el aspecto cerebral cuajado de feminidad, y que es, por otra parte, lo que lo diferencia del donjuanismo tradicional, que busca a la mujer, no por la calidad, sino por el estremecimiento lascivo que pueda proporcionarle.

Aparte de los libros ya publicados de su **Biblia Profana**, Leonardo Pena ha dado a luz una tetralogía dramática: **Las Puertas**, en la que estudia algunos de los más angustiosos problemas que afectan al hombre: el alcohol, el matrimonio, la cuestión sexual y el juego. Nada resuelve el poeta; pero el arte abre caminos... Si el legislador prestase oído atento a la voz múltiple de la naturaleza y a la sagrada voz del arte, cuán de otra manera sabría ponerse en contacto con la realidad, que es la mejor suerte de comulgar con lo verdadero.

En **Las Puertas**, Leonardo Pena ensaya, no el teatro propiamente, sino la prosa dialogada y hasta escenificada, de que tan devoto se muestra el Príncipe de las barbas de chivo, don Ramón del Valle Inclán. En su tríptico sobre Don Juan: **Don Juan en el Amor, Don Juan en la Vida** y **Don Juan en la Muerte,** que aún resta inédito, pero que yo he tenido la fortuna de leer, la cosa cambia. Son tres poemas dramáticos en los que el autor se revela psicólogo consumado y dramaturgo de alto vuelo, bien que cabe afirmar que esas obras valen principalmente por su aspecto lírico. El diálogo es vivo, sutil, relampagueante y de una flexibilidad admirable.

En **Don Juan en el Amor,** que es el más profundo estudio que yo conozca de la reacción que los hombres como don Juan, experimentan en presencia de las mujeres, hay una disquisición sobre la naturaleza del amor, que Porto-Riche mismo no habría desdeñado de firmar, y en **Don Juan en la Vida** que, por el contrario, es el estudio de las reacciones que las mujeres experimentan en presencia de un hombre como don Juan, hay una interpretación originalísima de la famosa cena a la que fué invitado el Comendador. Porque el **Don Juan** de Leonardo Pena, más real y humano que el de Zorrilla, torna constantemente a la riqueza de la leyenda original y bebe en su fuente, con sed clásica y moderna inquietud. En el tercer drama **Don Juan en la Muerte,** en el que se analiza la transformación que la leyenda del burlador de Sevilla, ha sufrido en el piadoso corazón de las mujeres, se vé como sus víctimas le muestran, aunque demasiado tarde, el camino único que permite llegar hasta el Amor.

Aparte de todo eso y con proyectos para cien años de trabajo, como él dice, Leonardo Pena acopia los materiales para una Ciclo—**El Ciclo de la Vida**—compuesto de seis trilogías en dramas de un acto cada uno, etc., etc.

2.—Cuando Leonardo Pena publicó su primer libro, el **Yo**, que no era más que el pórtico de su **Biblia Profana,** él fué recibido en medio de una explosión indignada por la crítica literaria de Chile. Se habló de él con desprecio, con ira, con burla y a su autor se le dió patente de idiotismo. Era un ensayo que encerraba demasiadas posibilidades, para que los mediocres no se asustaran. (Los mediocres forman una complicada masonería y, bien que ausente de luces, saben darse cuenta cabal de quienes sobrepasan el nivel permitido, para embestir contra ellos, sin razonar, como las cabalgaduras frente al peligro). Y en cuanto se vió que el insulto no daba ningún resultado, la crítica tramó contra Leonardo Pena, lo que Luis Orrego llamó "la conspiración del silencio". Entre tanto, sus libros eran acogidos en el extranjero, con real entusiasmo y sencilla admiración. Así, no sólo Zorrilla de San Martín saludaba el **Yo** con la célebre y bellísima carta que se conoce, sino que el gran Rubén Darío recibía la entrada del nuevo paladín al mundo de las letras, con la magnífica frase: "Si Leonardo Pena no es el cerebro mejor organizado de América, es en todo caso, su espíritu más alto". De **Las Puertas** hizo el médico argentino Carlos Baires, un análisis finísimo, en el que manifestaba su asombro ante la exactitud psicológica de los personajes peneanos y el noble crítico de arte, Gonzalo Zaldumbide, que ha enriquecido la literatura americana con páginas llenas de luz y de armonía, decía de esos dramas. que ellos eran dignos de Zola, de D'Annunzio, de Balzac y de Shakespeare. Y poco después, a propósito de **La Actitud secreta de la Soledad,** el mismo Zaldumbide decía: "Hay en ese libro, la materia de muchos volúmenes, de suerte que Leonardo Pena se nos presenta como un avaro y un pródigo, a la vez, sin que se sepa, si vale más por su avaricia o su prodigalidad", agregando, para concluir: "Los espíritus como Leonardo Pena no progresan: evolucionan y se renuevan". Igual concepto le merecía dicha obra al espiritual Max Daireaux, quien decía, sin que se pueda ir más lejos en el elogio: "Es un placer raro leer libros semejantes, que deben ser tratados como una verdadera Biblia, es decir, que deben ser releídos constantemente, seguro de encontrar en ellos. la frase que corresponda al estado de alma del presente".

Y refiriéndose a Leonardo Pena, decía: "Un temperamento perfecto de escritor y un gran artista, una ancha inteligencia que lo comprende todo y no desdeña nada". Por esa misma época, Max Nordau habló de Pena como de "uno de los escritores más poderosamente originales" que había leído.

Hay en la vida de Leonardo Pena, un episodio, que es interesante describir, porque él deriva, un poco, de su complexión moral, tan recia y tan rica: nos referimos al poema casi religioso que Pezoa Véliz escribió, pocos días antes de morir, en honor del autor de **Biblia Profana.** Era Pezoa un hombre de fina cultura y un admirable poeta, que supo concebir la belleza en formas inéditas. Habiendo tenido la desgracia de nacer en una época en que la aristocracia reinante en Chile, no tenía menosprecio suficiente con qué fulminar a la clase media, a la cual Pezoa pertenecía, éste buscó cura, para su herida espiritual, en una perpetua bohemia. Y habiendo vivido a prisa, dictó negligentemente su mensaje de belleza y luego fué a morirse en una sala de hospital.

Leonardo Pena, sintiendo la honda herida que llagaba el alma del poeta, fué a verlo en su lecho de miseria y de dolor, comulgando con él en afinidad de espíritu, en íntima y cordial simpatía. De pronto, un día, las manos transparentes y con olor a santidad del enfermo, extrajeron unas cuantas carillas de papel, hilvanadas en el insomnio y la voz quebrada fué musitando, con cadencia de letanías:

San Ignacio, padre excelso, protector de la azucena,
fué en el mundo, el visionario de la luz, Leonardo Pena;
las hormigas microscópicas de él dijeron todas que era
una alondra inverosímil, una cosa majadera...

Y en la sala espaciosa, poblada de ruidos informes, la voz seguía musitando:

San Ignacio es la esperanza de la fuerte raza nueva,
pues perdón, estigma y alma su tranquila frente lleva;
es hermano de los tristes que atraviesan la existencia
y es hermano de los fuertes. San Ignacio es la indulgencia (1).

Poco después de haber recibido ese

(1) Conviene a este propósito, recordar que el nombre de familia de Leonardo Pena es Ignacio Pérez Kallens.

elogio conmovedor, Leonardo Pena emprendía el camino de París.

3.—En París...

En París hicieron la estación larga de su vida, Rubén y Amado Nervo. Allí vivió, durante veinte y cinco años, el autor de **La Reliquia** para el cual, París era la herida de fiebre, la incurable herida del ideal, la antigua y trágica herida que fueron Atenas, Babilonia y Jerusalem, y de la cual fluye la mentira y la verdad... En sus bulevares se paseó Oscar Wilde, antes y después de la **Balada** y mientras por sus callejas obscuras cruzó la sombra de Dostowieski, en sus parques se inflamó la imaginación torrencial de Wagner. Cada artista que por allí ha pasado, ha dejado su recuerdo, como se deja la marca del cuerpo en un lecho de amor.

Al fijar su residencia en París, Leonardo Pena ha creído que, en ninguna parte, ni en ningún ambiente, podía desenvolver mejor su sensibilidad de artista. En efecto; allí en ingenio se ha enriquecido de nuevos matices, de savia más potente y jugosa, de fibra más rica, y, al amparo de la paz del alma—lejos y los rencores y envidias del terruño—ha podido plasmarse en las páginas, cada día más trabajadas y más sobrias y más ricas, de su **Biblia Profana.** Sin dejar de pertenecer, en sustancia, al núcleo literario de América, sus mejores cualidades, aún aquellas más peculiares al genio de su raza, se fortalecen con el jugo de París.

En casa de Pena, se encuentra establecida, desde hace años, una de las más interesantes tertulias literarias de París. Por allí han psado todos los artistas latino-americanos que han viajado por Europa; Rubén Darío, Ingenieros, Francisco García Calderón, Alcides Arguedas, Alfonso Reyes, Vasconcelos, Magallanes Moore, D'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Hugo Barbagelata, Zaldumbide, Jorge Hubner, etc., etc. Es un ambiente cálido, bohemio y aristocrático, saturado de graciosa intimidad. En un rincón, la mesa de trabajo del artista, cubierta de papeles en perfecto orden, contrariando el tradicional desorden de los hombres de letras. En otro rincón, tapizado de cojines, tienen lugar las confidencias y, en las paredes, montando guardia, Byron adolescente, Musset en la hora de las elegías, Lamartine, Chateaubriand, Madame de Stael y Stendhal, esa cabeza razonadora forrada en un alma entusiasta y sensible, que es el autor predilecto de Leonardo Pena. Sobre el escritorio, un retrato del escritor, firmado por el maestro Juan Francisco González, con su rostro fuerte, su fuerte cabeza y sus ojos de mirada penetrante, vagamente tocada de dulzura, como de una luz interior. Y en el umbral del salón, la esposa del artista, acogiendo a los visitantes, con una distinción suprema, y Mireille, prestigiada de belleza magnética que, bajo el oro de sus cabellos, se hace sonrisa, se hace ritmo, se hace luz.

Allí, en ese salón, tuve ocasión de oír, un día, disertar a don Miguel de Unamuno, mientras fabricaba sus pajaritas de papel. En otra ocasión, fué a d'Halmar,



disertando con su maravillosa voz de actor. Y allí encontré también a Vicente Huidobro, apoyando apasionadamente mis opiniones sobre Rusia, de la cual acababa yo de llegar. En sus avances imprevistos y ruidosos, Huidobro, cuya familia es poseedora de anchurosas haciendas, ofrecía al proletariado chileno todos los suelos de sus antepasados.

A menudo, después de aquellas inolvidables tertulias, nos íbamos con Leonardo, por las grandes avenidas que rodean su casa, hasta llegar a los Campos Elíseos, que, en esos atardeceres de otoño, eran como una floración inverosímil de luz, con la sonambulesca y atropellada procesión de los automóviles, de los paseantes y de los niños, que hacen de aquel rincón paradisíaco, una inmensa **creche.** Y charlábamos, charlábamos... él, con la pletórica alegría de su mente sana y fuerte y yo, con la inquieta curiosidad de indagar su pensamiento sobre personajes interesantes o sobre hechos triviales, ya que conversar, no sólo es tender puentes intelectuales, y dar vida a un fenómeno nuevo y siempre inédito, sino que también es el arte de desnudar o de vestir las almas.

Recuerdo que, un día, mientras estábamos sentados a la sombra de la graciosa y dolorosa estatua de Daudet, lo sentí en un afán infinito de confesión. "Sin duda—me decía—que habrá muchos seres más desgraciados que yo; pero, difícilmente deben de haber seres menos felices. Y ello se explica: yo jamás he podido realizar ninguno de mis sueños, la vida habiéndome rehusado sistemáticamente toda ayuda y toda protección. Y de ahí el que yo sea un solitario y el que me complazca tan poco en la compañía de los demás".

Sin embargo, a pesar de su pesimismo, Leonardo tiene una palabra generosa para todos. D'Halmar es "un exquisito; una sensitiva"; Joaquín Edwards es la encarnación de la fuerza. "Todo en él es fuerte: su imaginación, su razonamiento, su estilo. El día que Joaquín sea tocado por la gracia y deje de hacer esa literatura **a lo que da la olla,** será estupendo". Luego, hablándome de la poetisa que creó con su sangre **Desolación:** "¡Qué pecado el de Chile de condenar a Gabriela Mistral al periodismo! Ella, majestuosa como las higueras de nuestra América, cuyos ramajes caídos tocan la sal misma de la tierra, no debería estar obligada a producir sino dos veces por año, pues, su obra reposante exige una larga gestación". Luego me dice, hablándome de Unamuno: "Don Miguel tiene el defecto olímpico—todos los dioses lo tenían—de no ser ecléctico. Para él, todo lo que no sea truculento, no cuenta. Se diría que la gracia es un pecado, cuando no una nimiedad, a sus ojos. Y es así, acaso, como lo más bello del arte permanece ignorado para él... Aunque, bien es cierto que cuando se concibe el sentido trágico de la vida, a la manera de don Miguel, se lleva un mundo a cuestas".

De pronto, la voz de Leonardo se hace justiciera:

—"¿Pío Baroja? El hombre estúpido, que ha osado llamar **estúpido** a un continente como América, que es la patria de Bolívar, (uno de los hombres más extraordinarios que haya producido la humanidad); un continente que ha producido cerebros tan formidables como los de Bello y Sarmiento y que ha producido prosistas como Montalvo y Rodó y poetas como Rubén Darío—ese pastor de cisnes—como José Asunción Silva, como Delmira Agustini, como Nervo, como Guillermo Valencia, como Lugones, como Gabriela Mistral y como Juana de Ibarbourou, un continente que ha sido capaz de crear ciudades como Buenos Aires, aglomeraciones humanas como el Brasil y organizaciones sociales y políticas como Chile... Un hombre que ha osado semejante aserción, no es, no puede ser, sino un estúpido. Y yo siento decirlo, porque como escritor no me parece mal. Aunque, a los artistas no debemos pedirles que sean inteligentes: basta con que sean artistas".

Aquellas palabras, me hicieron interrogar a Leonardo sobre cuáles eran sus ideas en arte. "Muy simples—me repuso.—Yo amo todo lo que signifique personalidad y todo lo que se resuelve en gracia. Así, para mí, el más grande escritor francés contemporáneo, sin que deje de reconocer todo lo que hay de relativamente inferior en él, como su esterilidad de alma y de almas, es Barrés. Y conjuntamente con él, Marcel Proust, tan cristalino en su obscuridad y tan peligroso en el prestigio de sus melodías excepcionales".

Oyéndolo hablar a Leonardo, pensaba

en lo que en más de una ocasión, le había oído decir: "No siendo orador, no intereso sino cuando escribo".

Al volverme, sonriendo, hacia la fiesta del paisaje, creí entrever, en la rutilante claridad de la noche, el alma nocturna e inaccesible de París... Y súbitamente comprendí que ya nunca más podría separar, en mis recuerdos, la ciudad-mater y el artista dilecto, con quien aprendí a comprenderla y a amarla.

Eugenio Orrego Vicuña

De "La vida de San Adefesio"

= *Colaboración directa* =

(Véanse las entregas 5, 7, 10 y 11 del tomo en curso).

Aquí se canta:

—¿Qué parió tu mama, Pelota?
—Un muñeco e cera, Pelota.
—¿Quién fue la madrina, Pelota?
—La muerte quirina, Pelota.
—¿Y quién fue el padrino, Pelota?
—Don Juan del Camino, Pelota.
Toca el tambor, toca el tambor,
¡ay, vida mía,
del que se guía sólo de amor!

—¿Tenés alma buena, Pelota?
—Tengo el alma un ángel, Pelota.
—¿Tenés caridades, Pelota?
—Todas las bondades, Pelota
—¿Si el diablo te engaña, Pelota?
—Ya le sé la maña, Pelota.
Toca el tambor, toca el tambor,
¡ay, vida mía,
del que se guía sólo de amor!

Aquí se dice, se cuenta, se relata:

Los generales leoneses no secundaron a Villena. Si Villena hubiese insistido en ser él el presidente del gobierno de la revolución, los abnegados militares de León hubieran puesto al servicio de la libertad del pueblo sus inmaculados sables, pero al masaya gallero se le ocurrió informarles que Madriz sería el jefe supremo del movimiento. A Madriz lo habían conocido en León de niño, vendiendo dulces, vendiendo flores; luego, mozalbete de ojos tristes y voz dulzona, recitando versos románticos en la tertulia elegante de la Niña Baltasara Escoto, y ganándose premios en el Instituto a costa de desvelos: De hombre joven había escrito contra el tirano machetón y el tirano machetón lo había expulsado del país. En El Salvador seguía estudiando y cobraba fama de abogado ilustre: ¿Qué tenía de común este letrado con los generosos hijos de Marte que velaban incansablemente mientras Jerez, —cuya estatua Gobierno hondureño le había regalado a León,—dormía en el regazo de la inmortalidad?

Abogado leonés, el que por el momento engordaba a los generales, hilvanó tales razones.

—General Villena, ¿y usted, amigo, por qué no aspira?—dijo el abogado.

—No entiendo d'eso, dijo el gallero honrado. Y las intrusiones que tengo es que Madrisitos el hombre.

—Lo pensaremos, replicó el abogado.

—Lo pensaremos, dijeron en coro los pundonorosos generales.

A los días de esa conferencia Adefesio visitó a Villena.

—¿Qué querej conmigo, Adefesió?—dijo el general.

—Ayajuera ejtá el cabayo del doctor Debayle.

—¿Y qué?

—Que van a rodiar la mansana para cauturarte vivo o muerto.

Esa noche se comentaba en las tertulias de León la hábil fuga, en el peruano de Debayle, del general Villena.

El presidente de la República publicó en la **Gaceta** vibrante proclama al leal pueblo leonés, cuna del liberalismo y baluarte de las libertades de los pueblos; y todo el santo mes estuvo recibiendo actas de adhesión y comisiones encargadas de poner esas actas en sus manos. Los comisionados volvían de la capital aturdidos: Habían visitado la Escuela Militar, donde se llevaba casco a la prusiana y se marchaba estirando desmesuradamente las canillas: Habían visitado el Cuartel y no acababan de decir las máquinas de guerra que habían visto, cañones que disparaban solos, y dinamita en paleta: Habían oído, en fin, de boca del propio presidente, que los gobiernos inicuos de Guatemala, Honduras y El Salvador, envidiosos de la grandeza de Nicaragua, meditaban, aprovechándose de la torpeza de equivocados nicaragüenses, la invasión del sagrado suelo patrio, la destrucción de la catedral de León... ¡Había que recordar la invasión de Malespín!

Había en León imprenta en la que, aprovechando ocasiones, se sacaba, "por épocas", **el Centinela.** El periódico volvió a salir ahora. Largo editorial elogiaba al gobernante. Otro artículo llamaba al pueblo al culto de la patria. Serie de gacetillas ponían de oro y azul a los presidentes de Guatemala, Honduras y El Salvador. La emulsión de Scott se anunciaba en cuarta y última página con figura de hombre, de cara entre asustada y torpe, que cargaba a cuestas enorme bacalao.

Hubo cambios importantes en la administración pública: "Nuestro director",—decía en el sexto número **el Centinela,**—"ha sido nombrado primer escribiente de la Corte de Apelaciones de Occidente y Septentrión. Para atender a tan elevadas funciones tiene que abandonar el puesto que tan denodadamente ha venido ocupando al frente de este vespertino. ¡**El Centinela** saluda a sus lectores hasta nueva época!!!"

Pero León no se aquietaba. Los artesanos habían organizado Liga de Defensa Liberal y celebraban sesión los domingos, después de los gallos, y los jueves, antes de cantarse la lotería. El abogado que por entonces manejaba a los generales fue nombrado presidente honorario. Todos los miembros de la Liga fueron electos vocales. Los estudiantes de la Universidad hicieron causa común con los artesanos, y en cada sesión hacían gala de clásica oratoria: **¡Delenda est Honduras! ¡Delenda est Guatemala!**

La palabrita recobró fama. Alguien dijo en la gallera, que quedaba al lado de la Universidad:

—¡Tu gayo es delendo, chocho, y no le aguanta al miyo ni la arrancada!

El presidente le encomendó al general Vázquez calmar al noble pueblo leonés. Y el general Vázquez, al llegar a León, testimonio en carne viva del aprecio del general Zelaya por aquel invicto pueblo, anunció que pronto podría la metrópoli regocijarse admirando el arte de Thespis.

Por veinticuatro horas el arte de Thespis fue la preocupación de la ciudad. Los eruditos leoneses explicaban, con aires de extrema gravedad, que se trataba de cómicos.

Hubo recluta. Iban, debajo de las estrellas, las escoltas, por los barrios, a caza de hombres a quienes dar de alta. Por los ladridos de los perros, en la noche leonesa de aire resonante, se sabía qué barrio era el de turno. Las sesiones de la Liga cesaron como por ensalmo, porque se reclutaba no sólo a indios, descalzos, de por Subtiava y San Felipe y El Coyolar, sino también artesanos, de zapatos y camisa planchada. Durante el día se trabajaba febrilmente poniendo en orden el Tiatro: Se le repellaban las paredes, se le enladrillaba de nuevo la entrada, se le ponían olorosos bancos de cedro real en luneta, se encalaba y se pintaba todo. La compañía anunciada era la de Roncoroni, con Evangelina Adams de primera actriz. Se estrenaría telón nuevo.

La tertulia de la Niña Juanita era centro de los intelectuales. La Niña Juanita no era intelectual, pero a los intelectuales les gustaban los cigarritos que ella hacía. La aristocrática dama sabía cortar a perfección el papel amarillo que llamaban **de las tres circunstancias,** sabía curar admirablemente el tabaco de primera, y sabía enrollar con gracia delicada los pitillos aromáticos. A su redor señoras y caballeros hacían rueda. Hora tras hora, sobre trasto de laca japonesa tenido en el regazo, la Niña Juanita hacía cigarrillos, y hora tras hora lo más granado de la intelectualidad leonesa hilaba fino alrededor de cualquier cosa, como en las **Noches áticas** de Aulo Gelio.

Una velada el gran tópico fue que la compañía haría su debut con la **Mandrágora** de fulano Maquiavelo.

—¿No será el enemigo de la Iglesia?—dijo alguien.

Otro hizo derroche de fantasía, y la tertulia acordó por unanimidad que el Maquiavelo comediógrafo no podía ser el excomulgado historiador y tratadista.

—¡Pero qué descuido de padres,—exclamó la Niña Juanita,—darle ese nombre a la criatura!

—A mi Julito,—dijo noble dama,—le íbamos a poner Julio Ernesto, que es tan

hermoso nombre, pero por Renán lo bautizamos Julio a secas.

Decidido el punto del autor de la obra, se discutió el título de la comedia. Se formaron dos partidos y la tertulia estuvo animadísima. Los unos afirmaban que se trataba de monstruo mitológico que hacía piedra a quienes le miraban. Los contrarios alegaban que el monstruo aludido se llamaba Gorgona y que la Mandrágora era bruja que comía niños.

Hubo quien tímidamente sugiriera que, quizás, —¿por qué no?, —el título de la comedia anunciada tuviese que ver con el "ágora" de los atenienses. Nadie le hizo caso: Las lides estaban definidas y cerradas: Los ánimos se habían exaltado.

—Ujted se imagina, doctor, que todo lo sabe. Pero aquí se le trabó la chancha: Nuej monstruo ni canía de muerto, sino bruja, hechisera, o como la quiera yamar.

El doctor a quien le espetaban esto tenía trémula la papada.

—¡Dejo de ser quien soy si es bruja o hechicera!—dijo casi rugiendo.

Los demás se inclinaban hacia el uno o el otro paladín intelectual.

—El que sabe, sabe, y ya verej.

—El que va a ver soj voj.

Ni uno ni otro ganó. Para ver quién ganaba la tertulia de la noche siguiente se vio concurrida como nunca. La gran polémica quedó fácilmente puesta en olvido,—y los contendientes de la noche anterior en ese olvido escondieron su derrota común,—con la averiguación de que el Maquiavelo autor de la obra era el Maquiavelo inicuo que enseñaba hipocresía.

—Macaulay, sin embargo, — dijo el maestro Barreto, que se pasaba la vida revolviendo libros,—afirma que esa obra supera a todas las de Goldoni y es superada sólo por lo mejor de Moliére.

Sin discusión no hay tertulia posible. El que había mencionado a Macaulay, a Goldoni y a Moliére volvió a verlos a todos en tono de reto. Nadie bosticó palabra. El retador sonrió: Su sonrisa anticipaba victoria: Tenía bien dispuesta su artillería y estaba seguro del triunfo.

—La Fontaine,—dijo sentenciosamente.—tomó el argumento de esa célebre comedia para uno de sus cuentos más felices.

Nadie picó tampoco el nuevo anzuelo. La sonrisa del erudito se agrandó. Los ojos celestes le chispeaban. Los hombres de la tertulia se hacían unos a otros mal vedados gestos indicativos del desprecio que les merecía tanta fachentería: Parecían decirse, "¡A este sapo pedante lo debiéramos aplastar!"

—Y Voltaire,—continuó Barreto,—declara que esa sola obra del florentino vale por todas las del ateniense Aristófanes.

Como cuando se han venido amontonando nubes de azul casi negro, y el día se oscurece como si anocheciera, y temblor de frío húmedo sacude a todos los cuerpos de León, y de repente, con estrépito como de bosque que se pusiera a correr sacudiendo las hojas infinitas de sus ramas, cae lluvia torrencial haciendo sonar los tejados leoneses, así fue el vocinglero clamor que se alzó en la tertulia de la Niña Juanita. ¡Voltaire! A ése sí que lo conocían: El hereje más grande después de Judas: Y sobre quien lo había citado caían, como pedradas de granizo, las injurias para el autor de **Cándido.**

Impertérrito el citador de Voltaire seguía sonriendo. Calmose el aguacero y entonces dijo:

—Cuando Su Santidad León décimo subió a la silla de Pedro, entre los espectáculos con que celebró ese suceso ninguno alcanzó el esplendor que la representación en su corte de la **Mandragola** de Niccoló Marcchiavelli.

Contra el Papa no iba a ir nadie. El victorioso tertuliano aceptó, como triunfador olímpico que recibe corona de laurel, el cigarrito que la Niña Juanita le brindó. Había llegado a reirse, y cumplido su deseo se despidió temprano. Ido él la conversación se reanudó, brillante y fragmentada y sin mucho fondo, como los charcos que se forman en las calles de León después de que ha llovido fuerte y ha bajado la corriente que suele, en las cóncavas calles madres, crecerse de acera a acera.

Por fin llegó el día de la noche del estreno de la compañía. Temprano en la mañana se hervía agua en las casas principales de León y se cocía puñado de almidón. Treintiséis sirvientas habían ido a pulperías por medios de papel rayado. En treintiséis casas el papel había sido hecho tiras y en cada tira se escribía el nombre de la señora de la casa. Con el almidón cocido se pegaron los papeles en los espaldares de sendas sillas, y luego, toda la tarde, hubo procesión de mozos llevándolas al Tiatro: Los palcos del Tiatro no tienen asientos y quien compra palco tiene que mandar en qué sentarse.

El Tiatro olía a nuevo. El espíritu cívico leonés aspiraba aquel olor con orgullo. El general Vázquez ocupaba el palco de honor adornado con la bandera roja del liberalismo y la azul y blanco de la patria. Nadie se acordaba ya de la invasión de Malespín. Pero ni siquiera para Granada había un mal pensamiento. León tenía el corazón puesto en elevadas cosas. En los palcos había revuelo animado de grandes abanicos, y hombres vestidos de casimir sudaban gordo y no cesaban de enjugarse el sudor: Los pañuelos también parecían pájaros que volaban. El telón nuevo era escena de jardín italiano: Esquina de palacio renacentista, balaustrada de mármol de grandes venas celestes, estatua de diosa cachonda y sonrosada, y tilos y álamos de angélica esbeltez, y cielo azul, y nubes albas, y palomas. En galería Adefesio se estaba como en éxtasis. Los cómicos, como todo forastero que llegaba a León, lo habían usado para mandados infinitos, y le habían dado pase. Desde su eminencia lo veía todo como ángel que estuviese contemplando a la tierra desde el cielo. La diosa del telón le recordó a la Villanita, y el corazón de Adefesio se llenó de alegría sabiéndola feliz.

Sonó la tercera campanada. Subió el telón. Vestida de ninfa,—ninfa demasiado vestida,—apareció la cómica—la Berbera—que cantó, acompañada por la orquesta del maestro Molieri, en italiano:

Perché la vita é breve
E molte son le pene
Che vivendo e stentando ognun sostiene...

Se había traducido en los programas las canciones de la obra. Ignorantes de la adulación del pobre Maquiavelo para Papa poderoso, la última estrofa de la canción inicial se interpretó como alabanza al presidente, representado por el general Vázquez. "Aquel que os gobierna, en quien se miran todas las bondades reunidas", no podía ser otro que el general Zelaya. Y los vivas al gobernante se mezclaron con los aplausos a la ninfa canora.

Cómico que impersonaba al autor recitó el lastimero Prólogo, y la comedia comenzó.

La representación fue notable. Joven florentino, que ha vivido veinte años en París, desde que tenía diez, ha oído tal elogio de cierta dama de su tierra que nace en él, por ella, amor que le consume. En París, como si dijéramos en León, se discute en tertulia cuáles mujeres son más bellas, si las de Francia o las de Italia. Camilo Calfucci declara entonces, casi enfurecido, que bastaría una sola italiana, su pariente, para darle a su patria la victoria dado caso que todas las demás fuesen horribles. Calímaco ha vivido hasta entonces vida quietísima, solícito en agradar a todo el mundo, ingeniándose para no ofender a nadie, de manera que,—como en la primera escena se lo declara a Siro, su sirviente,—parecíale ser grato al burgués y al gentilhombre, al forastero y al paisano, al pobre y al rico. La fama, que es alcahuete, le encendió pasión incontenible por madonna Lucrezia, por ver de cautivar a quien ha llegado a Florencia dispuesto a todo, y aquí su capricho ha crecido a locura porque la dama, más bella aún de lo que su renombre proclamaba, es además virtuosa, enteramente ajena a vanidades deshonestas, con marido riquísimo de quien se deja gobernar en todo, hombre éste abogado de fama y, si no joven, tampoco precisamente viejo.

El doctor Nicia—¡en Florencia los abogados son doctores como en León!—tiene de privado a un tal Ligurio, y Ligurio es hombre de muchas necesidades, dado, por ellas, a pedir para desayunarse y para cenar,—¡como tántos en León! ¿y dónde no?,—y por consiguiente, más bien que malo. listo. Calímaco lo hace su aliado y por él sabe que el doctor se desvive por haber hijo.

¡Tan natural que es el deseo! Acaudalado, enamorado de esposa que le corresponde con ternura el cariño, dueño de nombre ilustre que desea perpetuar, las ganas de ser padre le trastornan la serenidad del juicio, y se deja engañar de Calímaco a quien Ligurio le presenta como eminente médico francés por cuya ciencia la reina pudo darle heredero al rey de Francia.

El remedio que Calímaco propone como infalible es filtro de raíz de mandrágora: Tómela madonna Lucrezia esta noche, y a los diez meses el doctor Nicia

Calfucci será papá. El doctor se encanta. Pero—hay grave pero: Quien primero goce de la dama después de tomado el milagroso menjurje, corre riesgo de morir, pues atraerá a sí el veneno de la droga. Seguridad de muerte no la hay... "¡Cacasangue!", exclama sin embargo el doctor. "No quiero tal brebaje. A mí no me lo hace atraer nadie".

Pero hay remedio: Que la dama duerma con otro toda una noche y éste tire a sí la infección de la mandrágora.

Al doctor le indigna la idea de tal cosa. Mas, como contra siete pecados hay siete virtudes, pronto se convence de que ninguna indignidad se comete con ello, o el rey de Francia y tántos otros grandes señores no hubieran hecho con sus esposas estériles lo que Calímaco receta.

La dificultad ahora es que la dama quiera consentir. Madonna Lucrezia ve con horror tener que someter su cuerpo a semejante vituperio. El solo pensarlo la pone en sudor de agonía. Para convencerla hay que valerse de su propia madre y de su confesor.

Fray Timoteo es hombre casi santo. Vive desvelándose por sus pobres, pidiendo limosnitas. Para ayudar a tánto necesitado como hay, ¿qué no haría él? Ligurio se encarga de tentarlo. Hay enorme suma de dinero que dar en caridad para los pobres; suma que entregarle a él,—Fray Timoteo,—para que la reparta como mejor le plazca. Antes, sin embargo, se pide que el fraile haga pequeño favor: En tal y cual convento cierta novicia ha sido seducida. Está ya en el cuarto mes del embarazo: ¿No haría la caridad Fray Timoteo de persuadir a la abadesa de darle filtro a la novicia para hacerla abortar?

¡Pero eso sería crimen: Pecado mortal!

La novicia, se le dice, es de la familia del abogado Calfucci: ¡Piense Fray Timoteo en la mancha para el nombre de tan eminente creyente! ¡Ah, lo caritativo que es el doctor Nicia! Y no sólo eso,—que no es poca cosa,—sino también el escándalo para la casa de las vírgenes del Señor: ¡Hay que velar por el honor de Cristo! La suma está a la orden, en efectivo: ¡Centenares de ducados!

El buen fraile cae. Y habiendo accedido a pecado tan grande,—que no hay ya para que cometer en acto,—conviene en lo otro, que por comparación le parece falta venial: Aconsejar a madonna Lucrezia. Y a madonna Lucrezia la vencen los razonamientos especiosos del fraile: Sobre que sea adulterio lo que se aconseja, cabe mucha duda: En Lucrezia no hay voluntad de ello, luego no hay pecado. Se recuerda a las hijas de Lot, que, para que el pueblo escogido no pereciese, se dejaron cubrir de su propio padre. Y en lo tocante a que corra riesgo de muerte quien adultere con Lucrezia en este trance, es sólo posibilidad la cual, comparada con el bien seguro de hacer feliz la esposa a su marido y el mayor bien de darle un ángel al Señor, nada pesa, nada vale. Lucrezia va al sacrificio.

Calímaco, ayudado de Ligurio, de su criado y del fraile, engaña al Calfucci haciéndose pasar por mocetón de baja alcurnia a quien a la fuerza e ignorante del peligro se le lleva al lecho de la bella dama.

En el acto final la burla del cegado doctor se ha consumado.

La comedia abunda en risas gruesas, y León rió grandemente, tanto más cuanto que mujer leonesa jamás fue infiel ni marido de leonesa mujer nunca sintió tribulación sobre la frente: No había quien se pudiera dar en León por aludido. Cuando Ligurio le explica al doctor Nicia que San Cuccú es el santo que mayores honores tiene en Francia, en medio a las grandes carcajadas del público hubo vivas a León.

Sólo Adefesio, arrinconado en galería, lloraba. Lloraba de ver cómo, por demasiado buen deseo, hasta por demasía de caridad, el hombre bueno cae de improviso en el mal y se confunde con el malo y es juguete de la perversidad.

Después de la función, los cómicos, animados por el éxito, cenaban en la bistequería de Tomás Grijalba. Roncoroni había estado insuperable, genial, en el papel del Calfucci. La Adams había encarnado a Lucrezia de tal modo que tenía a León rendido a sus pies, de admiración. El marido de la bella actriz había sido Calimaco. Y ahora los esposos verdaderos, celebraban efusivamente a Roncoroni, abrazados a él con cariño nervioso de gente de teatro.

Adefesio interrumpió la escena. Llamó aparte al actor italiano.

—¡Doctor, por vida suyita!

El muchacho temblaba de emoción.

—¡Per dio! ¿Qué te pasa, bambino?

—Doctorsito, doctorsito, no vaya a matar a nadie: ¡Pero su mujer lo engaña!

—¡Eh!

—Sí, y el pobre fraile, y Calímaco... ¡Lo engañan!

Roncoroni se echó a reír locamente, furiosamente,—más que cuando hacía el **Loco dios,** más que en **La carcajada,**—con la risa con que años después lo llevaron al manicomio de La Castañeda, en México.

Adefesio le miró en los ojos la locura, y se echó a llorar.

Salomón de la Selva

Referencias literarias mexicanas

= *Envío del autor.*—México, D. F. Setiembre, 1932 =

—Recibimos de Emilio Roig de Leuchsenring **Martí y los Niños. Martí Niño,** prólogo de la edición de **La Edad de Oro,** publicada por la Cultural S. A., Habana, 1932. Emilio Roig de Leuchsenring es uno de los escritores jóvenes de más prestigio en América—crítico, costumbrista, internacionalista—quien con Jorge Mañach, Juan Marinello, Félix Lizaso, José María Chacón y Calvo, integró el Grupo Minorista, fecha en la historia de la literatura cubana.

—Don Artemio de Valle Arizpe, ameno conversador de cosas viejas, acaba de publicar **Del Tiempo Pasado.** Leyendas, tradiciones y sucedidos del México virreinal. Madrid. Biblioteca Nueva. 1932, 392 páginas. Con anterioridad el señor Valle-Arizpe editó en 65 nítidas páginas su discurso leído en la sesión que consagró a la memoria del ilustre escritor don Victoriano Salado Alvarez la Academia Mexicana Correspondiente a la Española. Escritores, poetas, historiógrafos, anécdotas, tertulias literarias, viejos cafés, son los temas amablemente contados por el autor de **Canillitas** en **Don Victoriano Salado Alvarez y la conversación en México.** Editorial Cultura. México, 1932.

—La nueva dirección de Jaime Torres Bodet, poeta y escritor mexicano, es: 2 B Javastraat, La Haya, Holanda.

—K. W. Korner ha vertido del español al alemán **El Aguila y la Serpiente,** libro del escritor mexicano Martín Luis Guzmán. Guzmán acaba de publicar en la Editorial Espasa-Calpe de Madrid, **Mina el Mozo, Héroe de Navarra.** "Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo xix".

—Este mes apareció la revista **Examen,** dirigida por Jorge Cuesta. En ella colaboran: Julio Torri, Díaz Dufoo, jr.—que acaba de morir,—Samuel Ramos, Salvador Novo, Rubén Salazar Mallén y Cuesta. Ojalá que esta revista no muera en el primer número.

—Un verdadero éxito ha tenido **México en el Teatro,** libro de Rodolfo Usigli. Sus páginas son una interesantísima contribución para la historia literaria nacional. México, Imprenta Mundial, 1932.

—El P. Federico Escobedo, gran latinista, noble amigo, ha publicado **Flores del Huerto clásico.** Prologa este libro el culto escritor colombiano Antonio Gómez Restrepo. México. 1932.

—M. Paul Dermée, de los "antiguos" jóvenes poetas franceses, fundador y director de **L'Esprit Nouveau,** nos envía **Lyromancie,** Poémes prophétiques. Avec 3 dessins de Pierre Fluquet. La dirección de M. Dermée es: 16, Rue Cassini. París (XIVe) France.

—Bellas, llenas de cordura, llenas de sabiduría, una admirable cátedra de literatura son las páginas que forman **Algunos aspectos de la lírica mexicana,** del Dr. Enrique González Martínez,—Editorial Cultura, México, 1932,—que **El Libro y el Pueblo** publicó en dos números, correspondientes a los meses de mayo y junio del presente año.

—En edición limitada a 50 ejemplares, fuera de texto un grabado en madera de Leopoldo Méndez, Héctor Pérez Martínez ha publicado **Imagen de Nadie,** novela cuajada de sugerencias y de sensibilidades artísticas. Héctor Pérez Martínez ocupa un sitial envidiable entre los escritores de la nueva generación.

—Anita Brenner ha traducido al inglés la vieja novela de Mariano Azuela **La Mala Yerba,** con el nombre de Marcela. **A mexican love story.** Prefacio de Waldo Frank. Farrar & Rinehart, Inc. On Murray Hill. New York, 1932.

—En lujosa edición de 105 ejemplares, Carlos Barrera ha publicado **Designio,** poemas, con dos dibujos de Valdés Peza. Barrera es uno de los poetas más impetuosos y más conocedores de la métrica. México, Mundial. Miravalle, 1932.

—El escritor mexicano Agustín Aragón Leiva publica en el número 4 de **Experimental Cinema,** de Hollywood, un sugestivo análisis de la película **Viva México,** hecha por el director ruso Sergio M. Eisenstein y financiada por el novelista Upton Sinclair.

—En el **Mercure de France** de 15 de julio del presente año, Francisco Contreras dedica un caluroso elogio a la novela de Hernán Robleto, **Sangre en el Trópico.**

—Gonzalo Zaldumbide, cultísimo escritor ecuatoriano, admirable exégeta de Gabriel d'Annunzio, de Juan Montalvo y de José Enrique Rodó, se encuentra en México desempeñando una misión diplomática de su país. Zaldumbide es uno de los espíritus más comprensivos, más afinados de la América.

—Enrique Díez Canedo, periodista y crítico español, invitado por la Universidad Nacional Autónoma, ha dado una serie de conferencias en el Anfiteatro Bolívar: pintura, teatro, poesía.

—Tan atento siempre a las cosas del espíritu mexicano, Rafael Heliodoro Valle publica en **La Prensa** de Buenos Aires—7 de agosto de 1932—un cautivante artículo sobre **Libros Mexicanos en la Tulane.** La nota de Valle viene bellamente ilustrada con fotos del código Tulane y de algunas telas de algodón de hace 1,200 años, encontradas en una expedición. En suplementos anteriores del mismo diario, Rafael Heliodoro Valle habla en erudito ensayo sobre **Las joyas de Monte Alban.**

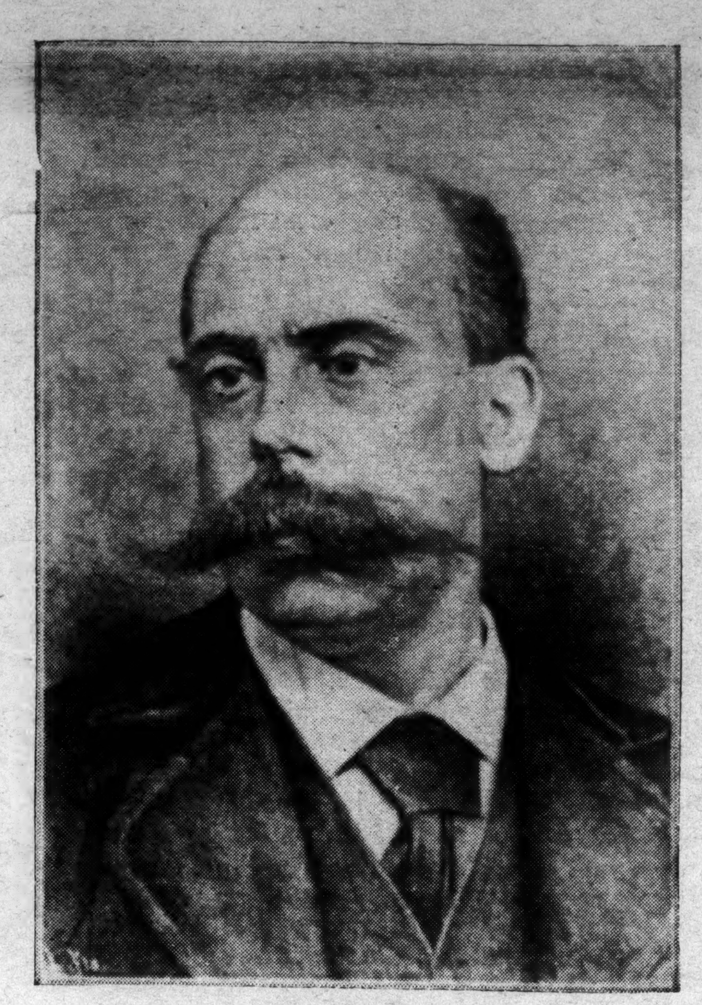
—R. L. Duffus, en **The New York Times Book Review**—4 de setiembre de 1932,—hace un estudio sobre el libro de M. Edward Herbert Thompson: **El pueblo de la serpiente. Vida y aventuras entre los mayas.** Relato de 40 años de vida en Yucatán. Con ilustraciones.

Guillermo Jiménez

Nota del editor: Cómo nos placerían, y cuán útiles, referencias parecidas de los otros países de nuestra América. ¿Cuántos las darían? Las aguardamos.

Castelar

= De *Luz*. Madrid, 15 de agosto de 1932. =



Emilio Castelar

Emilio Castelar vivió sesenta y siete años. Nació en 1832; murió en 1899. En el día 7 del próximo septiembre se cumplen los cien años de su nacimiento En su silla de la Academia Española se sienta hoy otro preclaro dicente que, con toda seguridad, cuenta con medios para estimular la celebración del centenario. Castelar ha dejado cincuenta o sesenta volúmenes; ha escrito sobre política y sobre historia; ha compuesto también algunas imaginaciones novelescas. La obra periodística de Castelar, no aperdigada en volúmenes, seguramente que formaría otros tantos tomos. Lo que primero atrae en Castelar es su estilo. En el siglo XVI, un gran espíritu sintético, como Castelar, Fray Luis de Granada, realiza un formidable esfuerzo de extensión de la lengua castellana. Si hasta entonces, hasta Fray Luis, el idioma era cosa restricta, ahora, con este esfuerzo de dilatación, el idioma se ensancha, abre sus horizontes, tiene perspectivas que antes no tenía. A mediados del siglo XIX, otro espíritu de poderosa síntesis, el de Emilio Castelar, repite en el área del idioma patrio la antigua experiencia de Fray Luis de Granada. Causa asombro a los que nos apasionamos del estilo, a los que tenemos entre las manos los instrumentos del estilo, como un herrero o un carpintero tienen las amadas herramientas que han manejado cuarenta años; causa asombro el contemplar la inmensa área del estilo de Castelar. Para realizar esta obra de extensa laminación se requiere sentir las palabras como se siente un bello fruto, con la sensualidad con que un niño muerde un fruto fragante y sazonado. Sensualidad de las palabras tenía Fray Luis de Granada; sensualidad, intensa sensualidad, sensualidad análoga a la que tenía también Gabriel Miró, tiene Castelar. Como riqueza de vocabulario, como copia pródiga de voces, Castelar es, sin disputa, el primero entre todos los escritores españoles, tanto antiguos como modernos. Es fácil, cuando se usa del estilo que en tiempos de Castelar se llamaba "asiático", es decir, profusamente florido, caer en la vulgaridad y en la afectación. Castelar — repasad bien sus escritos—no es jamás ni afectado ni pedante. Nunca en Castelar ni la más ligera falta de gusto. Se dice que la cláusula larga, amplia, la cláusula que Castelar usaba, no es la propia del arte literario. No creemos que en literatura se haya hecho nada tan bello como ciertas páginas creadas por Castelar. Los que dicen tal cosa no han leído al gran prosista. Páginas como las dedicadas por Castelar a Galicia—en su maravilloso retrato de Rosalía de Castro—y páginas como las dedicadas a Granada no se podrán registrar muchas veces en la literatura castellana. La sensación de la palabra lleva a Castelar a una cadencia, a una concinidad, a una música suave e inefable que pocas veces se habrá dado en una literatura europea. Se ha dado en Chateaubriand y se ha dado modernamente en Mauricio Barrés. Se da en José Ortega y Gasset y se da, en forma más orquestal, en Emilio Castelar. Si Ortega y Gasset es un delicioso músico de cámara, a lo Mozart, a lo Schubert, Castelar, más profuso, más ardiente, más impetuoso, nos recuerda a Wagner. Y téngase entendido que sin ese esfuerzo de laminación que Castelar ha realizado, no hubiera sido posible el laboreo del estilo corto, conciso, breve. Sin Castelar, los que amamos el estilo breve y conciso no hubiéramos podido usarlo; debemos a quien dilató el idioma el don de poder, tras su trabajo, escribir con una concisión que es lo antípoda de su prosa.

Por encima de todo ponía Castelar la inteligencia. Ya nos vamos acercando a la política. La inteligencia lo era todo para Castelar; el pecado contra el espíritu lo abominaba Castelar con todas sus fuerzas. Ni la guerra entre dos pueblos, ni las diferencias de religión, ni los antagonismos de raza podían hacer que Castelar dejase de comprender y admirar a un escritor o a un filósofo. Una curiosa anécdota, que el mismo Castelar cuenta con palabras elegantemente irónicas, nos mostrará la pasión de Castelar por la inteligencia. En su "Historia del año 1883" nos dice el orador: "Iba yo cierta mañana, en Normandía, por las dunas del austero Etretat, hablando con el célebre filósofo Vacherot de las cosas del alma, y no pude contener mi asombro al oírle decir que antes de la guerra francoprusiana pertenecía por completo a la escuela de Hegel, y después de la guerra francoprusiana pertenece a la escuela de Spencer. Por involuntario movimiento de mi espíritu pedí a Dios que no hubiera bélica ruptura entre Inglaterra y Francia, pues faltaría entonces asilo y refugio en el mundo al pensamiento de un filósofo".

Europeo, curioso de cuantos fenómenos intelectuales se producen en Europa, Emilio Castelar vive constantemente, ante su mesa de trabajo, atento al vibrar universal de la inteligencia. Entramos—y no podemos ser extensos—en la región de la política. Y decimos con toda rotundidad, con toda decisión, para que los jóvenes inclinados a la pasional injusticia lo entiendan, que ninguna figura, en todo nuestro siglo XIX, se presta más a la injusticia que Castelar. Basta, para la fulminación de Castelar, coger algún texto, abstraerlo de las circunstancias en que se produjo, prescindir del medio social en que Castelar se movió, y dar por conclusa con ello tal o cual cosa. Nadie más que Castelar necesita, con todo cuidado, con todo tacto, ser estudiado, como político, en la atmósfera en que se desenvolvió. Para todos los hombres cultos de la generación de Castelar, los principios consignados en la Constitución de 1869 forman el programa ideal. Se peleó durante años, y ardidamente, para conseguir la proclamación de los Derechos que en esa Constitución se consignan. Se vieron luego, durante la efímera República de 1873, llevados plenamente a la práctica. Fueron más tarde, con la Restauración, anulados. Y fieles a esos principios permanecieron, durante la Monarquía restaurada, Castelar y sus amigos, Castelar y cuantos amaban la libertad. Todo en su conducta y en su actuación en la vida pública dependía del auge o el ocaso de esos principios. Si la Monarquía resturada se apropincuaba un poco a tales principios, Castelar debía celebrar esa aproximación. Su posición dependía de tales aproximaciones o alejamientos. No era Castelar el que claudicaba; Castelar no podía sentir desfallecimiento en su pasión por la libertad. Era la Monarquía la que a Castelar se aproximaba. Y la Monarquía tuvo momentos en que parecía haber aceptado, por fin, todo el contenido de la pasada Constitución gloriosa. A veces pudo creerse que, tanto en la doctrina como en la conducta, la Monarquía cambiaba de su secular y funesto rumbo. Y era, sí, y con razón, Castelar el primero que, con toda lealtad y en honor de España, celebraba el cambio. No pudo ver el orador toda la falacia del régimen. Cuando, por causas principal y esencialmente del régimen, el imperio colonial se desmoronó, Castelar, en un espasmo de dolor y de angustia, derramó lágrimas. Poco después moría.

Hemos hablado del estilo de Castelar;

(Pasa a la página 207)

Presentación de Neruda [1]

= De *Atenea*. Concepción, Chile. Mayo de 1932 =

Poeta:

Aquí estábamos esperándoos, con las puertas abiertas, en ese gesto de sencilla y permanente acogida con que se abren, al término de los viajes, las puertas de todas las posadas. Y ésta que os tenía las puertas abiertas pretende, sin perder por eso su gesto sencillo, ofreceros algo que no alcanzan habitualmente a dispensar las posadas encendidas en la noche de los caminos: el fuego de la comprensión, al espíritu aterido del poeta.

No puedo presentaros, como es de uso en estas ocasiones, ante este grupo que os espera: os he anunciado comprensión, y nuestra comprensión empieza por el conocimiento. Se os conoce; las luces de la Posada del Corregidor estaban de antemano encendidas para recibiros; lo único que no conocemos es el último y precioso cargamento de ritmos y metáforas que habrá florecido en vuestro espíritu allá en las islas lujuriosas y en esa travesía interminable, por rutas de piratas, que os trajo de las Indias Holandesas aquí.

Sois joven; aunque os empinéis, no alcanzaréis todavía a asomaros a los valles, un poco más encajonados, de la treintena. Y, sin embargo, están muy lejanos aquellos días en que la fronda estudiantil, lanzó a la fama, en las páginas de "Claridad", el nombre arbitrario de Pablo Neruda, tan henchido de resonancias que apagó las del propio nombre heredado de Neftalí Ricardo Reyes.

Muy lejanos aquellos días del "Crepusculario", en que decíais presentando vuestros versos:

Cierro, cierro los labios, pero en rosas trepantes
se desata mi voz, como el agua en la fuente.
Que si no son pomposas, que si no son fragantes,
son las primeras rosas—hermano caminante—
de mi desconsolado jardín adolescente.

Tiempo y espacio grande han mediado; mucho más grande el espacio que el tiempo; más distanciador el tiempo que el espacio. En los años corridos desde que el nombre de Pablo Neruda se imprimía por vez primera, la mudanza del mundo ha sido de esas que antes sólo operaban los siglos. Entre Batavia y Chile, hay continentes, razas, civilizaciones, climas, flores y faunas diferentes, todo, todo aquello que constituye las mayores diferenciaciones del planeta y sus seres, y los más potentes focos de influencias modificadoras del individuo. Entre los años en que el poeta se formaba y después irrumpía en "Claridad" y en el "Crepusculario", y éste en que ahora vivimos, se abre el abismo en que se pudrieron las formas de sentir, las reacciones de la sensibilidad, los ritmos más recónditos y la más esencial palpitación que vivificaban al alma antigua, y que más que en nadie vibraban en la antena sutil de los poetas.

¡Qué inmenso pudridero! No soy de los que creen que la humanidad asciende; no soy de los idealistas que dan el nombre de doctrinas a las direcciones que una evolución fatal impone a la raza humana; no soy tampoco de los reaccionarios que afirman el mérito intrínseco de las fórmulas del pasado. Creo que las masas humanas ondulan en movimientos de mares, periódicas e irresistibles; creo en la ley del aburrimiento; creo en la ley de la contradicción; creo que la humanidad no tolera el reposo sino en cuanto no lo advierte, y creo que en toda afirmación consciente de permanencia se inicia la descomposición.

Eso fué el siglo diez y nueve; eso fueron todavía los comienzos del veinte. Se había acanzado la organización social definitiva, científica y racional; la pequeña concepción del mundo en la mente burguesa no sufría inquietudes, estaba cierta de ella misma, como estaba cierto de sí mismo el criterio positivo y experimental de la ciencia. ¡Qué gran seguridad! ¡qué grande aburrimiento! tan quieto estaba todo, como ha de ser la quietud en la verdad absoluta que no se nos alcanza.

Pero, algunos dudaron; los que dudaban no encontraron hueco en la tienda del campamento humano. Querían solamente explorar los alrededores, comprobar la solidez de los tirantes que afirmaban la tienda. Los echaron lejos, tan lejos que las voces, aunque se oían, ya no se concertaban. Y hubo generaciones en una orilla, y generaciones en la orilla opuesta. Todo lo hizo la afirmación excesiva, todo lo hizo

(1) El 11 de mayo en la *Posada del Corregidor*, sitio de evocadoras leyendas coloniales, en el que se reunen diariamente algunos aficionados a las cosas artísticas, Alfonso Bulnes pronunció estas hermosas palabras de presentación del poeta Neruda quien dijo esta tarde cosas bellísimas. La presentación de Bulnes, es de lo más interesante que se ha dicho de Neruda entre nosotros.



Pablo Neruda (Visto por *Fantasio*)

Perfil de un poeta

= De *El Mercurio*. Santiago de Chile, Mayo 22-1932 =

Alone, citado por Alfonso Bulnes en su sobrio y señorial saludo de la Posada del Corregidor, llama a Neruda y a la promoción de escritores que encuentra en el poeta de los **Veinte Poemas** su expresión más alta: **Pablo Neruda y el Caos.** No nos asustemos ante esta palabra de tenebrosos perfiles. Penetremos en ella como en una misteriosa casa abandonada. No olvidemos a Federico Nieztsche: "Yo os lo digo: hace falta tener aún un caos dentro de sí, para poder dar a luz una estrella bailadora".

¿Qué hay en el caos de Pablo Neruda? El mismo poeta nos dirá su secreto. **Crepusculario**, su primer libro tenía versos de una preclara y clásica armonía, antes de **Crepusculario** unos circunstanciales versos de primavera. **La Canción de la Fiesta**, eran, a la verdad, la fiesta del ritmo, el color y la imagen. Hablamos a través del recuerdo. No tenemos los textos a la vista. Pero había un maravilloso impulso dionisiaco en el brío de esa voz inaudita. Comenzaba: "Hoy que la tierra madura se cimbra—en un temblor polvoroso y violento—van nuestras jóvenes almas henchidas—como las velas de un barco en el viento". El tono, firme y sostenido, iba creciendo y creciendo en una fervorosa culminación. En alguna parte decía: "Y que su voz dulcifique la fiesta—con el olor de una astral rosaleda". Estos versos, lejanos y elementales hoy para el poeta, nos han acompañado, sin embargo, a través de los años, en lucha perenne con una memoria cada día más esquiva, trabajada por otros afanes y preocupaciones. Pero es interesante confrontar estos primeros vagidos poéticos de Pablo Neruda con sus versos de ahora que anuncian, al decir de un crítico fino y artista, el reino del caos.

Crepusculario contiene ya páginas de antología. La nota más bella de ese libro es precisamente el último trozo de la lectura con que el poeta se ha incorparado a la Posada del Corregidor. Imposible olvidar la sugestión de su ritmo: "La mariposa volotea,—revolotea,—y desaparece". Y ligado a esa mariposa intranquila que prolonga su vuelo agónico en torno a la lámpara, el estado sutil de la convalecencia. Con precoz sabiduría el poeta sabe expresarlo en un verso desmayado e indiferente: "Me decías,—no tienes nada,—no estás enfermo:—te parece". Y vuelve el ritornelo de la mariposa a impregnar la atmósfera de vaguedad y de misterio.

Pero hasta aquí, dentro de su originalidad curiosa e innegable

(Pasa a la página 207)

el aburrimiento de la afirmación, la fecunda ley del aburrimiento. Por entonces se elevaban a la dignidad de problemas inconciliables y de banderías cada uno de los inestables integrantes del equilibrio social trabajosamente alcanzado: la conservación o la revolución, la sociedad o el individuo, la patria o la humanidad, el trabajo o el capital. ¡Oh gran alteración de los ritmos!

En la antena sutil del poeta, vibraron agudizadas todas las contradicciones, toda la anhelante aspiración a dar ritmo y formas nuevas a la humanidad en desplazamiento. Y en la juventud, que siempre es poeta, en nuestra juventud, nació "Claridad" y una pléyade de muchachos poetas.

Pablo Neruda la encabezaba.

Yo hubiera querido, decía él entonces al ver su triunfo incontenible, que me hubiesen atacado e insultado, que hubiera pasado mucho tiempo antes de que me leyeran, que me costara mucho llegar. Esta pasividad me ha llenado de inquietud.

Inútil. Pablo Neruda triunfaba y precedía. Un crítico cultísimo de nuestro movimiento literario, Alone, en su "Panorama de la Literatura Chilena", divide en tres períodos la historia de nuestra literatura; titula cada período el nombre del escritor que en él ejerció mayor influencia; el tercero se denomina: "Pablo Neruda y el Caos",

"el caos actual, dice en otra parte Alone, hervidero donde no se sabe si nace un mundo o un mundo está muriéndose".

Alone califica a Pablo Neruda, y justifica con ello el haberle puesto de jalón de época en su Panorama, de

"la gran figura y la grande influencia de las últimas generaciones. En Pablo Neruda, dice, podemos divisar, por vez primera, el caos poético... en que el mundo se sumergió después de la gran guerra. Es el único temperamento que recibió esa corriente de disoluciones fundamentales cuando estaba en plena formación, de los doce a los diez y seis años; y entre su estructura mental y la nuestra hay algunos siglos de distancia".

Y otro crítico, joven y brillante temperamento combativo y paradojal, Ricardo A. Latcham, dice de Pablo Neruda, en un estudio que tituló "Diagnóstico de la nueva poesía chilena":

Pablo Neruda es el verdadero profeta, desde 1923 hasta hoy, en el escueto campo del lirismo nacional... Su nombre significaba una bandera de combate; a su sombra se adscribían los entusiastas de la renovación; a su condena consagraba el pasado páginas arbitrarias. En Crepusculario tuvieron la Biblia por mucho tiempo algunos discípulos desdeñosos y olímpicos de cuanto oliera a pasadismo. Crepusculario es un libro que contiene versos de 1919. Son versos estupendos, limpios de influencia achicadora; pero dotados de una virtud cordial y persuasiva.

Lo mismo han dicho de él y de su verso Silva Castro, García Oldini, Armando Donoso, Rubén Azócar y tantos otros.

Jalonando una época lo dejó Alone, y es un puesto que nadie le arrebata. Como había entrado la poesía universal por aquellos días, entra con él la poesía chilena en lo que el crítico denomina el Caos.

Magnífica elevación de una época, marcarla con el sello del caos, porque si bien es cierto que en él se disolvió todo el pasado, todas las formas de sentir existentes y las reacciones de la sensibilidad que vivificaban al alma antigua, también es el caos el hervidero inicial de toda creación. Recordad que, en el Génesis, el Espíritu de Dios soñó, llevado sobre las aguas en ritmo misterioso, y que fué su sueño el primer poema que floreció en la historia: la vida de los seres y de los mundos.

En el caos poético del siglo veinte, los contornos del poema no se precisaban; las sensaciones se fundían; la idea se desconectaba en secciones de sombra; la inspiración era un crescendo trémulo, a veces arrebatado, de elementos que buscaban afinidades.

La estética de Neruda, dice Latcham, se precisaba por aquel tiempo en una definición de la poesía de Paul Valéry, que él hizo suya: La poesía es una vacilación entre el sentido y el sonido.

¡Qué lejos estamos de la poesía anecdótica o de la simplemente realista del siglo diez y nueve y de los comienzos del veinte! La poesía es ahora una vacilación, la poesía es una incoherencia: ¡cómo, también, pedir unidad y contornos en el primer día del Génesis!

Pero, no vayamos tan atrás; entre Adán y Paul Valéry, el río humano ha arrastrado muchas aguas; han pasado modalidades diversas de una a otra generación, y se han repetido modalidades. La historia es una lucha permanente, sorda a veces e imperceptible, violenta otras, entre el impulso de creación, palpitante en el individuo sometido apenas, y el esfuerzo de conservación, parapetado en la sociedad; entre la tonalidad simplemente romántica y a veces caótica de las épocas, y la tonalidad clásica; entre el Espíritu de Dios, mecido por el ritmo en la tiniebla primera, y la naturaleza legislada.

De lo romántico a lo clásico, y de lo clásico a lo romántico, es el ritmo alterno. Estamos ahora en lo romántico, en un período hiperestesiado de lo romántico, estamos en el caos; la poesía es una vacilación entre el sentido y el sonido; tratemos de comprender hasta en su última penumbra el lenguaje difícil del poeta de hoy.

En los cortos años que median del "Crepusculario" a hoy día, Pablo Neruda mismo ha recorrido una larguísima trayectoria. Si comparamos con las últimas composiciones publicadas el "Crepusculario", que en sus tiempos pareció escrito en lenguaje difícil y en técnica arbitraria, hallaremos en él melodía, estrofa, rima, los elementos sensuales, discretos es cierto, que halagan el oído. Yo he citado, al comenzar, los primeros versos del volumen; estoy cierto de que a los oídos de Pablo Neruda aquellos versos sonarán a pegajosa tonada de organillo; el poeta es así: deja a los demás la ofrenda de la belleza que ha creado, y él parte descontento en busca de una distinta belleza.

Pablo Neruda espiritualiza cada vez más el verso; la fuerte sensualidad de su emoción hace más tensa la frase. He ahí el dualismo que en él se acentúa: sensualidad y espiritualización.

Y ahora, poeta que nos traes el don de ritmos y metáforas, desata las telas de oriente de ese cargamento, y regálanos esas frases que ya no se sabe si son música, si son líneas, si son color o si son palabras y que son, como una síntesis, poesía.

Alfonso Bulnes

Poesías

= De *Crepusculario*. Poemas. Segunda edición. Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1926. *Selección y envío* de Adolfo Ortega Díasz =

AMOR

Mujer, yo hubiera sido tu hijo, por beberte
la leche de los senos como de un manantial,
por mirarte y sentirte a mi lado y tenerte
en la risa de oro y la voz de cristal.

Por sentirte en mis venas como Dios en los ríos
y adorarte en los tristes huesos de polvo y cal,
porque tu ser pasara sin pena al lado mío,
y saliera en la estrofa—limpio de todo mal—.

...Cómo sabría amarte, mujer, cómo sabría
amarte, amarte como nadie supo jamás.
Morir y todavía
amarte más.
Y todavía
amarte más.
y más.

LOS JUGADORES

Juegan, juegan,
Agachados, arrugados, decrépitos.

Este hombre torvo
junto a los mares de su patria, más lejana que el sol
cantó bellas canciones.

Canción de la belleza de la tierra,
canción de la belleza de la Amada,
canción, canción
que no precisa fin.

Este otro de la mano en la frente,
pálido como la última hoja de un árbol,
debe tener hijas rubias
de carne apretada,
granada,
rosada.

Juegan, juegan.

Los miro entre la vaga bruma del gas y el humo.
Y mirando estos hombres sé que la vida es triste.

MENOS AQUEL RECUERDO...

Todo, amigo, lo he hecho para ti. Todo esto
que sin mirar verás en mi estancia desnuda:
todo esto que se eleva por los muros derechos
—como mi corazón—siempre buscando altura.

Te sonríes—amigo. Qué importa! Nadie sabe
entregar en las manos lo que se esconde adentro,
pero yo te doy mi alma. ánfora de mieles suaves,
y todo te lo doy... Menos aquel recuerdo...

...Que en mi heredad vacía aquel amor perdido
es una rosa blanca que se abre en el silencio...

POEMA EN DIEZ VERSOS

Era mi corazón un ala viva y turbia
y pavorosa ala de anhelo.

Era la Primavera sobre los campos verdes.
Azul era la altura y era esmeralda el suelo...

Ella—la que me amaba—cerró los ojos. Tarde.
Recuerdo aún sus ojos de paloma en desvelo.

Ella—la qpe me amaba—cerró los ojos. Tarde.
Tarde de campo, azul. Tarde de alas y vuelos.

Ella—la que me amaba—se murió en Primavera.
Y se llevó la Primavera al cielo.

FAREWELL

Desde el fondo de ti, y arrodillado,
un niño triste, como yo, nos mira.

Por esa vida que arderá en sus venas
tendrían que amarrarse nuestras vidas.

Por esas manos, hijas de tus manos,
tendrían que matar las manos mías.

Por sus ojos abiertos en la tierra
veré en los tuyos lágrimas un día.

2

Yo no lo quiero, Amada.
Para que nada nos amarre
que no nos una nada.

Ni la palabra que aromó tu boca,
ni lo que no dijeron las palabras.

Ni la fiesta de amor que no tuvimos,
ni tus sollozos junto a la ventana.

3

(Amo el amor de los marineros
que besan y se van.

Dejan una promesa.
No vuelven nunca más

En cada puerto una mujer espera,
los marineros besan y se van.

Una noche se acuestan con la muerte
en el lecho del mar).

4

Amo el amor que se reparte
en besos, lecho y pan.

Amor que puede ser eterno
y puede ser fugaz.

Amor que quiere libertarse
para volver a amar.

Amor divinizado que se acerca.
Amor divinizado que se va.

5

Ya no se encantarán mis ojos en tus ojos,
ya no se endulzará junto a ti mi dolor.

Pero hacia donde vaya llevaré tu mirada
y hacia donde camines llevarás mi dolor.

Fuí tuyo, fuiste mía. ¿Qué más? Juntos hicimos
un recodo en la ruta donde el amor pasó.

Fuí tuyo. Fuiste mía. Tú serás del que te ame,
del que corte en tu huerto lo que he sembrado yo.

Yo me voy. Estoy triste; pero siempre estoy triste.
Vengo desde tus brazos. No sé hacia dónde voy.

...Desde tu corazón me dice adiós un niño.
Y yo le digo adiós.

EL PUEBLO

La sombra de este monte protector y propicio,
como una manta indiana fresca y rural me cubre;
bebo el azul del cielo por mis ojos sin vicio
como un ternero mama la leche de las ubres.

Al pie de la colina se extiende el pueblo, y siento,
sin quererlo, el rodar de los tranways urbanos;
una iglesia se eleva para clavar el viento,
pero el muy vagabundo se le va de las manos.

Pueblo, eres triste y gris. Tienes las calles largas,
y un olor de almacén por tus calles pasea.
El agua de tus pozos la encuentro más amarga.
Las almas de tus hombres me parecen más feas,

No saben la belleza de un surtidor que canta,
ni del que la trasvasa floreciendo un concepto.
Sin detenerse, como el agua en la garganta.
Desde sus corazones se va el verso perfecto.

El pueblo es gris y triste. Si estoy ausente pienso
que la ausencia parece que lo acercara a mí.
Regreso, y hasta el cielo tiene un bostezo inmenso.
Y crece en mi alma un odio, como el de antes, intenso.

Pero ella vive aquí.

EL CASTILLO MALDITO

Mientras camino, la acera va golpeándome los pies,
el fulgor de las estrellas me va rompiendo los ojos.
Se me cae un pensamiento como se cae una mies
del carro que tambaleando raya los pardos rastrojos.
Oh pensamientos perdidos que nunca nadie recoge,
si la palabra se dice, la sensación queda adentro;
espiga sin madurar, Satanás le encuentre troje
¡que yo con los ojos rotos no le busco ni le encuentro!

Que yo con los ojos rotos sigo una ruta sin fin...
¿Por qué de los pensamientos, por qué de la vida en vano?
Como se muere la música si se desnace el violín,
no moveré mi canción cuando no mueva mis manos.

Alto de mi corazón en la explanada desierta
donde estoy crucificado como el dolor en un verso.
...Mi vida es un gran castillo sin ventanas y sin puertas
y para que tú no llegues por esta senda,
la tuerzo.

SENSACION DE OLOR

Fragancias
de lilas...

Claros atardeceres de mi lejana infancia
que fluyó como el cauce de unas aguas tranquilas.
Y después un pañuelo temblando en la distancia.
Bajo el cielo de seda la estrella que titila.

Nada más. Pies cansados en las largas errancias
y un dolor, un dolor que remuerde y se afila.

...Y a lo lejos campanas, canciones, penas, ansias,
vírgenes que tenían tan dulces las pupilas...

Fragancias
de lilas...

EL CIEGO DE LA PANDERETA

Ciego, ¿siempre será tu ayer mañana?
¿Siempre estará tu pandereta pobre
estremeciendo tus manos crispadas?

Yo voy pasando y veo tu silueta
y me parece que es tu corazón
el que se cimbra con tu pandereta.

Yo pasé ayer y supe tu dolor,
dolor que siendo yo quien lo ha sabido,
es mucho mayor.

No volveré por no volverte a ver,
pero mañana tu silueta negra
estará como ayer:
la mano que recibe
los ojos que no ven,
la cara parda, lastimosa y triste,
golpeando en cada salto la pared.

Ciego—ya voy pasando y ya te miro—
y de rabia y dolor—¡qué sé yo que!
algo me aprieta el corazón,
el corazón y la sién.

¡Por tus ojos que nunca te han mirado
cambiara yo los míos, que te ven!

ORACION

Carne doliente y machacada,
raudal de llanto sobre cada
noche de jergón malsano;
en esta hora yo quisiera
ver encantarse mis quimeras
a flor de labio, pecho y mano,
para que desciendan ellas
—las puras y únicas estrellas
de los jardines de mi amor—
en caravanas impolutas
sobre las almas de las putas
de estas ciudades del dolor.

Mal del amor, sensual lacería;
campana negra de miseria;
rosas del lecho de arrabal,
abierto al Mal como un camino
por donde va el placer y el vino
desde la gloria al hospital.

En esta hora en que las lilas
sacuden sus hojas tranquilas
para botar el polvo impuro,
vuela mi espíritu intocado,
traspasa el huerto y el vallado
abre la puerta, salta el muro;

y va enredando en su camino
el mal dolor, el agrio sino
y desnudando la raigambre
de las mujeres que lucharon
y que cayeron
y pecaron
y murieron
bajo los látigos del hambre.

No sólo es seda lo que escribo.
que el verso mío sea vivo
como recuerdo en tierra ajena
para alumbrar la mala suerte
de los que van hacia la muerte
como la sangre por las venas.

De los que van desde la vida
rotas las manos doloridas
en todas las zarzas ajenas;
de los que en estas horas quietas
no tienen madres ni poetas
para la pena.

Porque la frente en esta hora
se dobla y la mirada llora
saltando dolores y muros;
en esta hora en que las lilas
sacuden sus hojas tranquilas
para botar el polvo impuro.

EL PADRE

Tierra de sembradura inculta y brava,
tierra en que no hay esteros ni caminos,
mi vida bajo el Sol tiembla y se alarga.

Padre, tus ojos dulces nada pueden,
como nada pudieron las estrellas
que me abrasan los ojos y las sienes.

El mal de amor me enceguеció la vista
y en la fontana dulce de mi sueño
se reflejó otra fuente estremecida.

Después... Pregunta a Dios por qué me dieron
lo que me dieron y por qué después
supe una soledad de tierra y cielo.

Mira, mi juventud fué un brote puro
que se quedó sin estallar y pierde
su dulzura de sangres y de jugos.

El sol que cae y cae eternamente
se cansó de besarla... Y el otoño.
Padre, tus ojos dulces nada pueden.

Escucharé en la noche tus palabras,
...niño, mi niño...
Y en la noche inmensa
seguiré con mis llagas y tus llagas.

Pablo Neruda

Estampas

Un cuento de Pushkin. - Aguilas y cuervos

= Colaboración directa =

Es de un viejo calmuco esta historia narrada en un cuento de Pushkin: Dijo un día el águila al cuervo: "Dime, cuervo; ¿por qué vives tú trescientos años en este mundo luminoso y yo solamente treinta y tres?" "Porque, padrecito, contestó el cuervo, tú bebes sangre viva, y yo vivo de carroña".—Reflexionó un instante el águila y dijo luego: "Probemos los dos y vivamos del mismo alimento". "¡Magnífico!, ¡de acuerdo!" Volaron águila y cuervo. De pronto vislumbran un caballo tendido y descienden sobre el cadáver. El cuervo empezó a picotear la carne y la encontró muy buena. El águila la probó una vez, luego otra y sacudió enseguida las alas y dijo al cuervo: "No, hermano cuervo; mejor que vivir de carroña trescientos años, prefiero beber sangre viva una sola vez y confió a Dios lo demás".

Ha estimulado esa historia nuestra meditación y por servicio tan grande hemos agradecido a Maurice Baring que nos trajera a la lectura de Pushkin. A Pushkin lo destaca el juicio de Baring "no solamente como al más grande, sino como al más típico de los escritores rusos". Nada conocíamos de él y cuando supimos que en la literatura de su pueblo ocupaba esa dignidad, pedimos la versión inglesa de sus cuentos. Este que vamos leyendo nos ha detenido en la historia del águila y del cuervo. Es una historia admirable por todas las filosofías que el pensamiento meditativo puede hacer alrededor de ella. Sorprendemos al buscarle aplicación al hombre, que no sería el ansia de vivir trescientos años lo que a éste haría inquirir acerca de la longevidad del prójimo. No quiere el hombre volverse Matusalem. Pesa el tiempo en su vida. Disípela o nútrala de sabiduría, al cabo de cierta jornada lo exaspera. Pero sí quiere cuando le falta oriente seguro disfrutar de una existencia cómoda y placentera. Por conquistarla hace de su vida un continuo punto de contraste con aquellos que han logrado colmarse de bienes.

Es decir, con aquellos que devoran la carroña en que se convierte el logro de prebendas. Hay un hombre en el disfrute de grandes riquezas, o de grandes poderes y a él vuelven codiciosos el pensamiento el ejército de miserables sin sentido superior de la vida. Saben que ese disfrute le llegó después de haber envilecido la vida, de seguirla envileciendo en un torbellino rojo. Y como lo saben quieren experimentar también la transformación infame. Comen de la carroña y saborean la sustancia podrida. Esperan el cambio y comen y comen sin desocuparse un momento. Están sirviendo en las instituciones de un país. En ellas tienen campo para la absorción. No piensan en que toda institución perdura como fuerza de bien según la sirvan los hombres. Para estos canallas lo importante es el medro personal. Por conseguirlo se enloquecen y sólo ven en el horizonte inmediato la atracción que ciega. No perciben la señal grande, la que da rumbo y pulsación sana. Una ilusión engañosa es la que se posesiona de estos emuladores de los comedores de carroña. No nacieron con la digestión de estas aves de rapiña. Apenas sí tienen un estómago hecho de digestiones livianas. Lo recargan, le llevan la hediondez de un alimento pesado y les pudre la vida.

Por esto vemos tanto náufrago de la carroña ir y venir en medio de una existencia infeliz. La suerte no se les pegó mientras ensayaban desde la institución de un país el modo de acaudalarse para vivir como los que con fortuna hicieron un agosto fecundo. De pronto son descubiertos y la cadena de la infamia les marca recio la frente. Quedan sepultados, porque es grande el peso que se descarga contra el que no tiene poder. No puede detener el bloque que lo aplasta. Conoce la historia de aquel que ha tratado de emular y sabe por ella que también contra él hubo la conjuración para abatirlo. Pero descartó en esa historia el factor tacto. Con el tacto consiguen los hombres que lo tienen y lo usan hábilmente, poner sobre los obstáculos y las persecusiones el ácido corrosivo que vuelve éxito lo que era ya fracaso. Por eso el que no lo tuvo y le llega la dificultad mientras devora carroña, cae vencido. De estos vencidos está el mundo cundido. Preguntaron un día no cómo se podía vivir trescientos años, sino cómo podía hacerse una existencia cómoda y con poderes. Obtuvieron la respuesta y practicándola se envilecieron y fueron despreciados.

¿El viejo calmuco que hizo su historia del cuervo y el águila pensó en armar al hombre contra la emulación nociva? Cada cual encuentre la enseñanza y teja su filosofía. En nuestra meditación se vuelve grande la brevedad de esa historia. No podemos separarla de lo que vamos viendo. Cuervos y águilas para el viejo calmuco. Para nosotros hombres simplemente. La diferencia consiste en que unos han tenido ya el desarrollo pleno. Otros empiezan el desarrollo. Los mayores socarronamente llaman padrecito a los menores, cuando éstos los consultan y quieren perdurar para una existencia de miserias y de iniquidades. Dándoles trato zalamero los conquistan para el vuelo que otea la miseria tendida en medio de los caminos que son tránsito y vivienda de la humanidad. Desde el punto que da el panorama inmundo lanzan los mayores a los menores y es tan seguro el descendimiento, que la carroña reciba esponjada el diente y la uña del maestro y del discípulo.

Vuelta la historia al plano humano no se encuentra la repugnancia de los menores por el bocado pestilente. No hay sacrificio alguno en la transformación que impone la enseñanza. La gente menor sorbe líquida su nutrición, pero tiene diente fuerte para la masticación que impone el cambio de alimento. No se extraña del cambio. El viejo calmuco situando entre aves de presa su historia pudo creer que el águila renunciaba a la longevidad antes que someterse a engullir perpétuamente carroña. Entre los animales existe una nobleza que falta por completo en el hombre. Desde que éste se resuelve a transformarse para adquirir la comodidad y el poder no hay repugnancia que pueda atormentarlo. Prueba todas las iniquidades y en cada una encuentra el zumo que lo ata más al envilecimiento. Por envilecerse es que lucha y sabe que usará de poderes que le darán una dignidad muy temida.

Si en alguna forma nos interesa la historia del viejo calmuco no será de seguro para teorizar y desnaturalizarla. Veamos, lo repetimos, al hombre con todas sus miserias. Es natural que exista también otro tipo de hombre en quien las carroñas no provoquen hambres insaciables. Pero no es necesario hablar de él. Lo urgente es acabar con el voraz que se eriza de todas las armas de conquista y se echa sobre un país. Es una casta poderosa, con vitalidad fuerte, con la horrible resistencia que da al hombre una alimentación de cuervos. Los que no padecen el hambre de la carroña se encuentran siempre en minoría. Pero es por ellos por los que se salvan los países. Jamás se abaten ni llega a tentarlos el espíritu siniestro del cuervo. ¡Qué decimos! Podrá revolotear cerca de estas vidas el envilecido, mas no hará presa de ellas. La condenación severa le llega siempre de ellas.

No las reducirá a su sumisión, porque no tiene grandeza para una tarea noble. En cambio, cuando la condenación lo sigue y lo acosa desata su ponzoña. Conocida es el arma. Y por conocida hay que despreciarla. Cuando en un país se vea perseguir a la inteligencia, busquen el brazo que tira el azote en uno de esos devoradores de carroña. Es decir, sitúen la persecución en aquel que vive del latrocinio y del crimen. Para eliminar estorbos es que se persigue a la inteligencia. La inteligencia vigila, la inteligencia está despierta en un país y no permite, sin dar su voz tenaz, que entren a saco. Mejor dicho, no permite que entren a saco, porque habla y pide condenación. Esta actitud vigilante y activa es la que no toleran los canallas que pudren el alma de un país para devorarse la pudrición acosados por un hambre insaciable. Naturalezas de cuervo que no tienen sosiego y se apegan a la entraña que genera la vida y dejan allí la fetidez que cunde. Matan cuanto crecimiento libre muestran los países, porque son sombras que no toleran la luz.

Juan del Camino

Costa Rica y setiembre de 1932.

Calderón Ramírez y Sandino

= De *El Diario Nicaragüense*. Granada, Nicaragua =

San Salvador, julio 29 de 1932.

Señor don Francisco J. Medina.

Managua.

Muy respetado señor y amigo:

Acabo de recibir y leer con toda atención su carta fechada en esa capital el 25 del mes corriente.

Para mí es usted una de las más altas virtudes que todavía quedan en **Nicaragua,** pues en su meritísima vida ha puesto de relieve su hombría de bien, su acerado carácter y sus cualidades de pensamiento y de sensibilidad moral: por eso acojo con respeto sus juicios y reflexiones.

Como usted debe saberlo, no conozco ni he tenido ningún nexo con **Sandino** ni con los **sandinistas:** soy espectador lejano de los sucesos que se desarrollan en nuestro país. Así y todo, no obstante las faltas y errores cometidos por el arriscado jefe que pelea en **Segovia,** creo que él obra por motivos y móviles de patriotismo y convencido, plenamente, de que realiza una nobilísima misión. Creo, además, que él se equivoca en los medios, pues conforme a mis principios la fuerza es estéril e infecunda; y confío más en la tesis del ilustre cubano **Márquez Sterling,** quien sostiene que la "virtud doméstica" es lo que necesitan nuestros pueblos indo-hispanos para atemperar siquiera la intromisión extraña.

A pesar de eso, yo admiro a **Sandino;** y aunque sea un gran equivocado experimento intensísima emoción cuando **siento** que es aplaudido por la conciencia continental de **América** y elogiado por los mismísimos senadores del **Capitolio de Washington,** pues, según la información cablegráfica, el representante **Lewis** ha declarado, en plena sesión, que el general **Augusto Sandino** no es un **bandido** sino un **insurgente** que defiende su nativo hogar... Si esto dicen y esto afirman sus enemigos. ¿por qué se extraña usted, mi querido doctor, de la simpatía y de la emotividad que en mi ánimo despierta aquel caudillo?

En mis estancias interiores, haciendo un análisis de mis sentimientos y al evocar las reflexiones de usted y las del editorialista de **El Diario Nicaragüense** — que para mí son de muchísimo peso — he concebido que mi criterio moral puede estar equivocado; pero entonces recuerdo lo que decía Santa Teresa: todo viene del corazón... Y en ese duelo a última sangre en los riscos del Septentrión, el mío palpita por los segovianos que, como leones enfurecidos, pelean al lado de **Sandino.**

Me han repugnado las matanzas de nicaragüenses y marinos en esa guerra sin cuartel—consentida y patrocinada por muchos de los lugartenientes de dicho jefe;—pero una de las personas más honorables que tiene el departamento de **Segovia** me describió, con toda verdad, las carnicerías efectuadas por los soldados y oficiales extranjeros: asesinatos colectivos de gentes inocentes sacrificadas con crueldad imponderable. Esa misma persona me ha proporcionado la verificación de la prueba; y los hechos—fortalecidos con testimonios irreductibles—me han dado el tema para un libro que actualmente preparo. Colocada la lucha en ese plano de horrible venganza, mi voluntad, mi pensamiento y toda mi fuerza sentimental y todos mis anhelos y simpatías me conducen al lado de mis hermanos. Si los civilizados soldados extranjeros—más obligados que los nuestros por su cultura—no ejercitan la lírica virtud de la clemencia, es claro, clarísimo, que no puedo condenar a los míos: la guerra, decía el general **Alban,** no se hace con tropos retóricos, sino a cañonazos; y por esta razón me explico que los insurgentes repelen la fuerza física con la fuerza física... Por mi parte, al evocar las llanuras y montañas de mi tierra segoviana—ayer alegre con las luces del sol y de la paz, y hoy envuelta en un crepúsculo rojizo — me consuelo pensando que sus dolores del presente pueden redimir y ennoblecer el futuro de la República; y que en ella se está tejiendo con hilos de sangre la tela del porvenir; y que el alba trágica puede trasmutarse en lumbre de nuevo día.

Será locura la de **Sandino;** pero, indudablemente, es una divina locura; y yo diviso su pendón como una enseña de inmortalidad que se agitará perenne por los siglos de los siglos... Es ya una imagen histórica—superhombre colmado de heroísmo, sangre, lágrimas y ruinas, si usted quiere—que el consenso universal ha labrado en nuestros dolorosos fastos: ofrenda que nos hace el fallo mundial y que nosotros los nicaragüenses no debemos rechazar y menos escarnecer. Queramos o no, si mañana él cae en su cruzada, redivivo tornará en mármoles y bronces... En resumen: yo creo que **Sandino** es una fuerza social y política, y que es y será factor principal en la pacificación de **Nicaragua.** Los que de buena fe quieran realizar ese anhelo, por una ley de gravitación moral ineludible deberían contar con él, no para someterse a su capricho, sino para escuchar con calma patriótica sus instancias, sus aspiraciones y sus ideales. Un hombre que ha desafiado la tempestad de plomo de los aviones y la llameante cortina de fuego de los **blue jackets** americanos, durante más de cinco años; que sonríe ante el espectro de la muerte y asienta sobre los picachos del **Norte** la bandera patria, no merece—mi estimado doctor **Medina**—el cognomento de loco. Será, si acaso, un loco sublime...

Me insta usted para que llegue a **Nicaragua** a fin de convencerme de la verdad de los hechos, y me insta para que visite los departamentos teatros de las hazañas de **Sandino** y me ofrece el **ángel custodio** de la intervención para que me sirva de amparo.

Yo preferiría ir con usted por los labrantíos y vallados segovianos sin más escudo que nuestra propia conciencia. Yo aliento la convicción que los **bandoleros** y su jefe serían capaces de oír razones de decoro y **honor**; y tengo fe que las acogerían sin reservas. Bastaría con hablarle el lenguaje de hermanos. Yo consiento en el viaje **si** vamos al campo de **Sandino** desnudos de armas y de pasiones, y sin la compañía de los marinos; si vamos vestidos de **valor** y esperanza; si vamos a edificar con amor, belleza y verdad, la ciudad del porvenir; y si vamos, al arrimo de la cordialidad fraternal, a buscar fórmulas que hagan posible el concierto de las voluntades, orientándolas al cultivo y al advenimiento de una máxima y superior simpatía entre los nicaragüenses. Llegaríamos amparados, no con la guardia extranjera, sino con la ilusión y el supremo ensueño de colocar los cimientos de la verdadera conciencia social y política de **Nicaragua.**

Usted, mi querido y respetado doctor **Medina,** con los timbres de su vida austera y con las ejecutorias de su auténtica virtud, sería escuchado, no lo dudo, por esos **bandoleros** a quienes el senador americano apellida "héroes que defienden su suelo". Si usted arriba a la manigua con los brazos extendidos hacia ellos, brazos temblorosos de sabia experiencia y de merecimientos, brazos en cruz matizados de patriotismo y de honor nacional, yo estoy seguro,—me lo dice el corazón — que conseguiría más que lo que han conseguido los fusiles de la **guardia,** dirigida por la oficialidad americana; y como yo imagino que **Sandino** tiene arrestos de héroe atenderá a esas justas excitativas...

¿Por qué usted con el prestigio de su venerable nombre no intenta un concierto armonioso? Tantee el amor, ya que el rencor y la fuerza han sido infecundos. Sus labios, impregnados, no de cólera, sino de bondad humana, podrían repetir la frase del dulce Galileo: **mucho perdón merecen los que mucho han amado...**

Recuerde el sepulcro de **Lázaro:** de la podre y de la muerte brotó la **vida...**

Lleguemos al vivac del guerrillero y si no alcanzamos el milagro de la paz, nos quedará la satisfacción de que habla Omar Dengo: **Si conforme a la parábola, la mano que estiramos para alcanzar la rosa, no la consigue, siempre sirve el gesto para señalar hacia el cielo.**

Tales son las ideas que se agrupan en mi mente y que a vuela máquina traduzco en esta carta, pergeñada en los momentos en que van a cerrar el correo aéreo y en el ajetreo de ocupaciones escolares. Verá en ella lo que piensa mi cerebro y lo que siente mi corazón; y le expongo, sin tapujos ni vacilaciones, mis ansias, impaciencias y quizás mis yerros: es una confesión sincera ante un patriarca de la honradez y de la probidad, como para mí es y ha sido usted.

Su amigo afmo.,

Salvador Calderón Ramírez

Castelar...

(Viene de la pág. 200)

copiaremos un párrafo del orador. Léalo el lector con atención. Dice así:

"No hay cosa tan falsificada en el mundo por ningún falsificador como la República francesa por los periódicos monárquicos de Europa. El botín puesto a merced y arbitrio de los varios reptiles europeos nutre las supersticiones más ridículas que puede arbitrar la cólera reaccionaria contra el humano progreso; no digamos nada, no digamos, de las terroríficas profecías. Los campos de Francia iban a convertirse todos en campos de guerra civil, y nunca estuvieron más tranquilos. Iban las ciudades bajo tales instituciones a consumirse después de arder como una tea. El ejército se indisciplinaría para volver a nuevo dieciocho de Brumario y proclamar el emperador de los cuarteles entre las embriagueces producidas por el aguardiente y por la pólvora. Al año justo de la muerte de Gambetta quedaría la República envuelta en el sudario y enterrada en la sepultura de tan excelso tribuno. A los seis meses de sepultada la rama primera de los Borbones en Frosfordh se levantaría la rama segunda de los Borbones en Versalles. Las flores de lis, tan aborrecidas por el campesino francés, que las arranca de cuajo hasta cuando aparecen remedadas en los doseles de las fiestas eclesiásticas, esas flores de lis iban a rebrotar en esta primavera de la reacción por todos los campos franceses. Los más templados en el retroceder y retrogradar aguardaban la salida de algún Bonaparte del monolito egipcio, bajo cuya mole reposa por toda una eternidad aquel que no dejó un minuto de reposo a la tierra. Leed los periódicos de salones, derbys, tiros al pichón, etc., etc., para persuadiros de cuán pronto el curso de los siglos se torcerá, y el derecho humano se ocultará, y la República se romperá, con holgorio general de todos los petimetres, que bailarán a una en paz sus contradanzas y digerirán sus cenas, sin miedo alguno a que la capital europea del gusto y de la moda les amenace con figurines republicanos, apercibidos para la democracia universal".

La República francesa, tercera República, se fundó en 1870. Cuando Castelar escribía tales palabras—en 1884—llevaba la República en Francia de vida catorce años. El cuadro que ha trazado Castelar, y que el lector acaba de leer, es exactamente el cuadro de la República española anterior a la sedición del día de San Lorenzo, aniversario de la batalla de San Quintín—10 de agosto de 1557—. ¿Continuará después de esa sedición el estado de cosas anterior? No lo creemos. En Francia había un antecedente tranquilizador para la República: el de la gran revolución de 1793. Esa revolución había creado una base de burguesía liberal en que la República podía descansar. La negligencia de sus hombres de gobierno en cierto modo podía estar excusada. No lo estuvo después de la peligrosa aventura de Boulanger, que pudo, si el general hubiera tenido corazón, costarle la vida a la República. No lo estuvo después de la intensa y dramática conmoción del asunto Dreyfus, que también pudo ser para la República mortal. Sin el antecedente de la Revolución francesa, con una densa continuidad monárquica de quince siglos, sin más intermitencia que la fugasísima de la primera República, nuestros gobernantes no pueden entregarse a la tolerancia. Por excusar una severidad no se puede exponer un Gobierno a usar luego de centenares de severidades. El cuadro trazado por Castelar, en que imperan los petimetres, hoy señoritos, altos y bajos, con galardones o sin ellos, no puede continuar. En España—acaba dichosamente de verse—existe una base sólida de amor al régimen; pero no puede someterse ese amor a influjos deletéreos que lo mermen o detengan su crecimiento. Y las clases reacias u hostiles a la República, que acaban de ver que la República es inconmovible, piensen, las que procedan de buena fe, qué es mejor: si estar en constante pugna peligrosa y angustiosa con un régimen que no van a poder destruir o conformarse a una realidad que es un postulado histórico, que es un resultado de la gran corriente de la historia. Piensen—y aludimos ahora a las grandes instituciones pedagógicas independientes del Estado—si es mejor formar los tiernos espíritus en odio a un régimen sólido y definitivo o hacer que las jóvenes generaciones se desenvuelvan dentro de ese ambiente, con todas las ventajas que para su modo de ver la política y la sociedad pueden encontrar en él. La República ha perdido ya sus primitivos e inevitables estridores. La República es un régimen de paz, de orden y de trabajo. Tal como dichosamente es al presente merecería los más férvidos aplausos de Emilio Castelar, hombre de paz, de orden y de trabajo.

Azorín

Perfil de un poeta...

(Viene de la página 201)

Pablo Neruda continúa siendo un ortodoxo perfecto. El caos se inicia en **Veinte poemas de amor y Una canción desesperada** y culmina patéticamente en **Tentativa del hombre infinito**. ¿Qué pretende Neruda en este último libro? Hay en él imágenes que deslumbran y ciegan, pero al lector, por diestro que sea en seguir las huellas del pensamiento ajeno, le será imposible establecer nexos mentales y ligar en un todo armónico esos trozos de belleza dispersa. Estos libros ya no se encuentran en parte alguna. El nombre del autor los ha transformado en curiosidades de bibliófilo. Se inicia en ellas el reinado de la bella incoherencia. Neruda ha oído a Valéry: "La poesía es una vacilación entre el sentido y el sonido". La **Tentativa** es un crucero en los caminos del poeta. Libro de alta tensión, encierra un anhelo frenético de decir cosas nuevas y personales. No encuentra el poeta todo lo que busca, pero imprime en el lector el ansia heroica de su tentativa. No lo comprendemos, y hasta pensamos que, por momentos, él mismo no se comprende, pero en ningún momento dudamos de su honradez de poeta y de artista que quiere formar su propio vocabulario. "Esta alegría de bastarse a sí mismo, escribirá más tarde, no la pueden conocer los equilibrados imbéciles que forman una parte de nuestra vida literaria". Antes había dicho: "Yo tengo un concepto dramático de la vida y romántico: no me corresponde lo que no llega profundamente a mi sensibilidad".

En **Veinte Poemas** afirma victoriosamente su voluntad de bastarse a sí mismo. El caos de la **Tentativa**, atravesado de imágenes y resplandores, se conmueve con el temblor de una voz pura que exalta el júbilo triste de la pasión amorosa. Todas las formas del amor son bellas en este libro breve y admirable. Encontraremos en él desde la confidencia de los poemas iniciales hasta el alarido final de **Una canción desesperada**. Y siempre, en todo momento, las bellas imágenes, leales compañeras del poeta: "Galopa la noche en su yegua sombría, desparramando espigas azules en los campos".

Prescindamos por hoy de la prosa póética de Pablo Neruda para rozar el examen de sus últimos poemas. Los trozos de **Anillos**, en colaboración con Tomás Lago, y su novela **El habitante y su esperanza**, tienen un aire ingenuo de íntimo y leve balbuceo. Pero aquí sólo debemos dejar anotados los títulos de estos libros.

En suma, fueron seis los nuevos poemas de la lectura en la Posada del Corregidor. Se llaman: **Prothalamio, Lamento lento, Oda tórrida, El fantasma del buque de carga, Arte poética, Alianza**. Detrás de la máscara oriental la voz del poeta nos llega como desde un país de ensueño. La vida, los viajes, el mundo han enriquecido la sutil materia del poema y han logrado estremecerla con un acento viril y profundo. El caos que Alone anunciaba ha engendrado una estrella que danza. Alfonso Bulnes había dicho al final de su saludo acogedor que "esas frases ya no se sabe si son música, si son líneas, si son color o si son palabra y son, como una síntesis, poesía".

El caos se ha hecho poesía pura. En la Posada del Corregidor se apaga lentamente un aplauso a la sordina. En la vieja casa de la colonia, ocultándose a sí mismo para mostrarnos, libre de gesto y ademán, la esencia de su poesía, Pablo Neruda nos ha descubierto un mundo nuevo.

R. Meza Fuentes

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.)
Giro bancario sobre Nueva York.

¿No tenemos ya un enorme sobrante de ciudadanos complejos? Habría que propagar activimente un buen contraveneno de la hipertrascendentalidad, pastillas para la sencillez, ideas ágiles y risueñas, cuyo primer objeto fuese desarrugar frunces y encender chispas en los ojos. El que los problemas sociales sean hoy, como nunca, de gran calibre, ¿no debe ser precisamente una razón para atender a su desarrollo con más claridad de espíritu? Por mi parte admiro a esos pocos propagandistas de específicos contra la sombría complejidad—tantas veces careta, tantas veces sinónimo de gravedad asnal—; fervorosamente aplaudo a esos hombres de sencillez largamente elaborada en el estudio de cosas y hombres torvos, enmarañados; por eso, cuando Bertrand Russell se me acerca y me invita alegremente a adquirir sus pastillas para conseguir la felicidad, yo las compro, me las engullo y las propago:

—¡Pastillas para "La conquista de la felicidad", del doctor Russell! ¡Cinco pesetas la caja! (La caja o el libro, lo mismo da. Todo libro tiene forma de caja, cuando no contiene divino lirismo actual, porque entonces apenas suele ser una oblea).

Luego vienen las sorpresas. Para hacernos felices, Bertrand Russell no apela a ombligos búdicos ni a cínicos toneles, no apela a grandes combinaciones sistemáticas, reduce su método a algunos conceptos triviales; por ejemplo, nos aconseja ser coleccionistas. Se atiene al ejemplo de un gran hombre de ciencia contemporánea que se reparte entre las matemáticas y el coleccionismo de sellos. Porque, entre dos grandes preocupaciones — políticas, religiosas o científicas — hay siempre una rendija por donde filtrarse la alegría de un hallazgo—piedra, puño de bastón, idea, timbre, móvil, estampa o abanico—. ¿Por qué ser esclavo de nuestra propia importancia?

—En cuanto a mí—dice Russell—colecciono ríos; me gusta haber recorrido el Volga y el Yang-Tse, y siento mucho no haber visto el Amazonas y el Orinoco. Por sencillas que sean estas emociones, no me avergüenzo de ellas. Pensemos en la profunda alegría del aficionado a base-ball, que lee ávidamente los periódicos y se emociona al oír sus resultados en la radio. Me acuerdo del día en que hablé con uno de los más conocidos literatos norteamericanos, un hombre a quien suponía, por sus libros, melancólico. Pero ocurrió que en aquel momento comunicaba la radio los resultados más decisivos del base-ball; se olvidó de mí, de la literatura y de todas las tristezas de su vida y vociferó, lleno de alegría, al saber que los suyos habían obtenido la victoria.

(El ilustre hombre de ciencia colecciona ríos, pero no puede envanecerse de ser el más original coleccionista. ¿Quién no conoce a aquel excelente viajero que coleccionaba postes de telégrafo, aunque, por angosturas de espacio, se veía obligado a dejar los postes en su sitio y contemplar, desde el tren, la colección?)

Bertrand Russell nos da, con la pastilla, el prospecto que lo explica todo: el modo de tomarla y la cantidad de sencillez que se invita a engullir. "Los caprichos y las manías no son en muchos casos el gérmen de facilidad fundamental, sino un medio de huir de la realidad, de olvidar por un momento algún contratiempo que es difícil afrontar. La felicidad fundamental depende, sobre todo, de lo que pudiéramos llamar un interés amistoso por las personas y las cosas". Un buen coleccionista está siempre mucho más cerca de prenderse emotivamente al mundo que cualquiera de esos hombres "hipertrascendentales" —más que queridos, soportados—que nunca abandonan el seno frío de su idea — amante ultratelúrica, vampiresa de tiempo y espacio, tirana de todo goce menudo, de todo amor juguetón a las cosas triviales y a los espíritus sencillos.

"El querer a muchas personas espontáneamente y sin esfuerzo es tal vez la mayor fuente de felicidad personal"—llega a decir Bertrand Russell. Y también: "El que puede olvidar sus preocupaciones interesándose sinceramente en algo, por ejemplo, en el Concilio de Trento o en la vida de las estrellas, notará que al volver de su excursión a ese mundo impersonal ha adquirido su reposo y una calma que le capacitan para afrontar de buen humor toda molestia". Nótese bien: "A ese mundo impersonal". Bertrand Russell inyecta en su "específico" zumos de evasión. Salir de sí mismo, contemplar una maravilla ajena y volver con la flor de ese hallazgo al íntimo panal. No mariposa, abeja.

Vieja y deliciosa receta, hoy muy poco seguida. Nos rodean gentes que—oportunistas o gaznápiros—mariposean en torno a una opinión, a un hecho, que ellos no intentan modificar, mucho menos mejorar, sino manosear, desteñir, dejarlo imposible "para vos" y para todos. Revendedores de la actualidad que otros fabrican, contradictores de pensamientos que ellos no supieron forjar... Son los holgazanes de la casa, que eternamente se burlan de los coleccionistas, porque ellos pueden siempre adquirir—sin paciencia ni entusiasmo — cualquier colección completa. (¿Cuándo aprenderá el señorito que su primera obligación es arruinarse, para convertirse — trabajando — en hombre libre y normal, digno de ser legítimo coleccionista; es decir, hombre a quien hace gozar y sufrir el hallazgo de las cosas, prendido al mundo no por dudosos lazos de herencia y privilegio, sino de leal conocimiento, de espontáneo amor?)

Benjamín Jarnés

Un coleccionista de ríos

= De *Luz*, Madrid =



Bertrand Russell

Una obra

= De *Crisol*. Madrid =

"La conquista de la felicidad" es uno de estos libros de Bertrand Russell, tan queridos del público inglés, porque en ellos se entremezclan temas metafísicos y motivos cotidianos. El inglés gusta de este género de reflexiones que el puritanismo estimula como una transacción entre la fatalidad del destino humano y los valores vitales del mundo. Por lo demás, el problema de la felicidad humana es tan insoluble como el de la muerte. Y si para ésta se han inventado la ilusión de inmortalidad y el recurso de la fe religiosa, el dolor del hombre sólo tendría atenuación con virtudes que por sí mismas están divorciadas de nuestra propia naturaleza. Russell pone a la cabeza del libro el pensamiento de Walt Witman, que considera felices a los animales porque "no se ufanan ni se quejan de su suerte: no se despiertan en la noche con el remordimiento de sus culpas; no aburren a nadie discutiendo sus deberes para con Dios".

Russell censura, naturalmente, los rasgos más característicos de la moral occidental para deducir que ella es, en buena parte, causa importante de la desdicha humana. Parece que la generosidad y el sentido solidario de la vida contribuirían a hacer de ésta una atmósfera amable para el apetito individual. "Cuando las circunstancias exteriores no son definitivamente adversas, el hombre debía ser feliz, siempre que sus pasiones se dirijan hacia fuera, no hacia dentro". Pero ese es el punto principal de las disputas de nuestro tiempo. Las circunstancias exteriores son definitivamente adversas para una sociedad que ha tenido que consagrar en sus múltiples relaciones el principio de la lucha de clases. La tranquilidad material, el disfrute de los bienes que por ser hijos de la civilización debieran ser comunes a todos los hombres, es quizá la clave de la felicidad humana. El dolor moral tiene muchas veces su raíz en sufrimientos físicos. Y si bien es verdad que un hombre en pleno goce de todos los atributos de la fortuna no puede eliminar los conflictos interiores que rellenan de angustia su existencia, no es menos cierto que la desgracia de vivir se convierte en tragedia para aquellos a quienes el privilegio social asigna injustamente el papel de víctimas. Nadie será capaz de afirmar que una buena situación económica preserva de la infelicidad: pero no es injusto creer que la pobreza es cómplice de la desgracia.

J. Díaz Fernández

Imprenta LA TRIBUNA